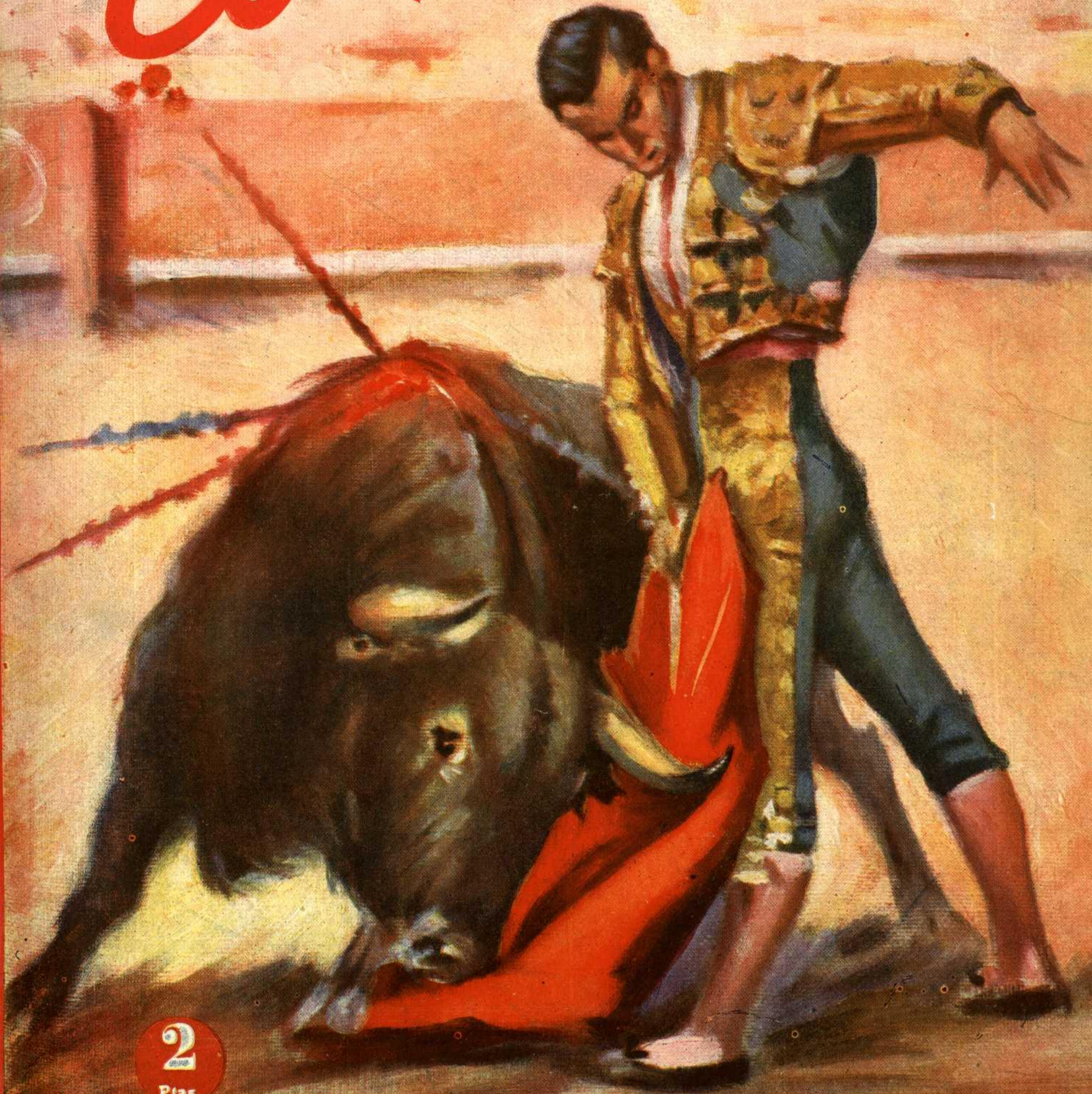
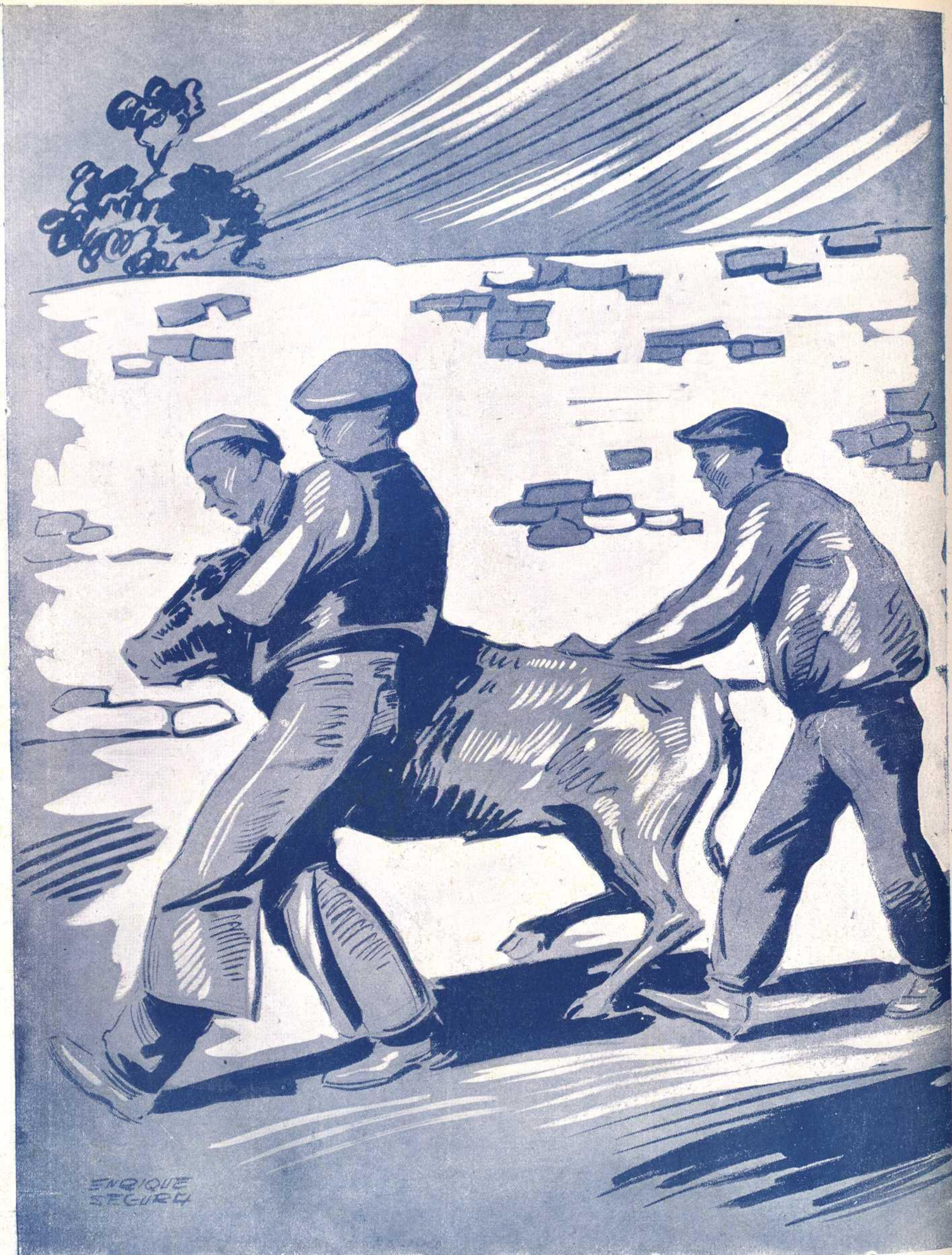


El Ruedo



2
Plas.

JAAVEDRA



Vaqueros sujetando un becerro
(Dibujo de Enrique Sezura)

**Luis Miguel Dominguín
en un natural al primer
toro, el domingo en la
Plaza de Madrid**

(Foto Baldomero)

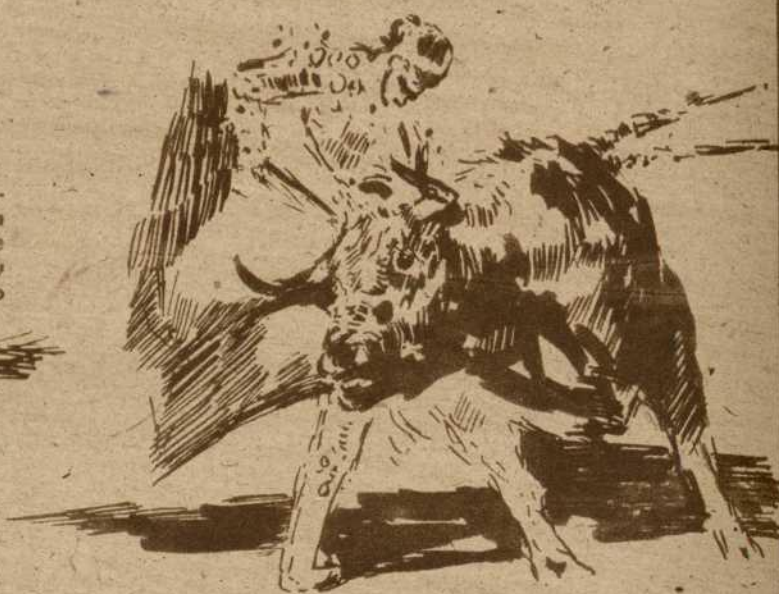


EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID
Por ANTONIO CASERO



Luis Miguel Dominguín ejecutando la larga cambiada de rodillas en su segundo toro



Dos momentos de El Choni en el cuarto



Aguado de Castro Verónica al sexto toro y en un ayudado por alto

ANTONIO CASERO X



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

PREGON DE LUTO

Por JUAN LEON

NUESTRO Director ha muerto. Era joven y fuerte, y lo hemos perdido en la plenitud de su talento.

Lo hemos perdido nosotros, que tanto aprendimos con él y que con él sostuvimos una línea de conducta honesta y generosa en tan difícil terreno como éste. Lo ha perdido el público, que buscaba y encontraba en esta Revista, que él concibió e inspiró, la información completa y objetiva de la fiesta. Y lo han perdido los toreros, que en él hallaron al hombre limpio y jovial que les abrió estas páginas para cantar desinteresadamente sus éxitos.

Era joven y fuerte, como los lidiadores elegidos para el triunfo y la gloria, y ha muerto, como ellos, en la brecha heroica, sin un instante de desmayo, dándolo todo en cada momento.

Y como él era así, nosotros, sin más que no olvidar las lecciones recibidas, y sin otra cosa que seguir su ejemplo, hemos de jurar que las páginas de este RUEDO, «cuya arena nunca se enfanga», como un día escribió don Alvaro de Domecq, conservarán la pulcritud con que él las concibió y las sostuvo.

Fieles a su ejemplo y a su memoria; consecuentes en su generosidad y amantes de su obra, habremos de poner cada día nuestro esfuerzo en no emborronar su limpia historia.

Manuel Fernández-Cuesta era nuestro Director, pero aun más nuestro hermano, nuestro camarada, nuestro amigo. Lo buscábamos todos los días y a todas las horas para pedirle una inspiración o un consejo, y lo encontrábamos siempre propicio. Nos acogía con efusiva cordialidad, llamándonos familiarmente por nuestros nombres —Ibrahim, Antonio, Benjamín, Eduardo, Julio...—, y nos aconsejaba sin ceder nada de lo debido a la verdad y sin la menor coacción a la libertad de cada uno. Confiado y dispuesto a creer en la honradez de los demás, de nadie dudaba y a todos ayudaba con su leal, honesto y sabio entendimiento de las cosas.

Así está en nuestra memoria y en nuestro corazón.

Que Dios le dé su eterno descanso.

Año II — Madrid, 11 de octubre de 1945 — Núm. 62



Esta es la última fotografía de nuestro Director. Fué en la corrida celebrada en Toledo en los primeros días de septiembre. Ya su enfermedad minaba a pasos gigantes su naturaleza de titán, y sin embargo aún sonreía...
(Foto Mari)

La corrida del domingo en MADRID



Seis de Villagodio para LUIS MIGUEL DOMINGUIN, JAIME MARCO, EL CHONI, y AGUADO DE CASTRO

LA SEMANA EN LAS VENTAS

La Cuaresma, a la vista

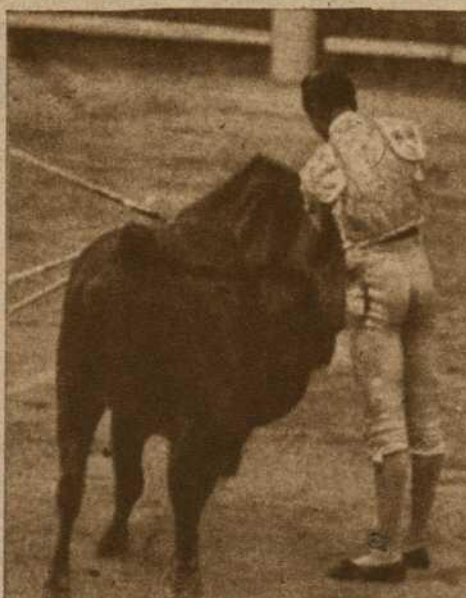
Por EL CACHETERO

Pocas son las semanas que restan a comentar. La temporada madrileña está dando las boqueadas. Dos o tres corridas y otras tantas novilladas si pensamos en optimista, y el cerrojillo cierto o figurado, pues por ahí se susurra que durante el invierno habrá algunos festejos novilleriles, como en otros tiempos. Certo o figurado, pues aun de existir ese apéndice, que no estaría mal, por ofrecer un cauce más o menos frígido a la desamparada novillería, que es savia de la fiesta, lo seguro es que la temporada oficial, la temporada por antonomasia, está en vías de liquidación. En esta semana, la liquidación ha consistido en dos festejos: en la corrida de la Prensa y en la del último domingo. De la primera, más en liquidación que ninguna, pues la fuga de los primates la convirtió en un saldo de toros—todos malos—frente a los que se estrelló la voluntad de unos toreros, ya queda poco que decir a estas alturas. La del domingo, con toros de Villagodio, con un primer ejemplar prodigio de docilidad suave, toro de torero, aunque en su honor no debió haber merecido una sola palma de callejón para arriba, fué una corrida suave, placida, discreta y transparente, que se pudo paladear a sorbos tranquilos. Los toreros estuvieron bien; el pequeño Dominguin, y su frialdad larva y dominadora; El Choni, con un torero emocionante, en racha y vega de aciertos, de los cuales no fué el menor, sino el mejor para mí la brevedad de su primera faena y el ajuste a las condiciones del segundo de los suyos, al saber tirarle la cabeza al suelo en los primeros pases, y Aguado de Castro, a quien el desencanto en su carrera de fenómeno nos lo va devolviendo en torero con seriedad y discreción, nos divertieron lo bastante para que su labor se pareciera a lo que ha parecido siempre la labor de unos toreros.

El momento que marca la semana que comentamos es de cansancio y desencanto. Los toros han sido un Carnaval de seis meses, y ahora está la fiesta con el relajamiento y fatiga que preceden a una Cuaresma que se presiente. Hay que purgar a la fiesta de ese aire de juerga llena de excesos y de defectos que ha llevado. Hay que reajustar casi todo lo que la marea ha desorbitado. Hay que privar a los toros del aire de mal folletín que viene trayendo, de una pasión sin base, de una desatención criminal por la gapadería, de la especulación, de esas tutorías tan perversas como en los melodramas de Rambal. Es sintomático el espectáculo de la corrida del domingo, tan suave como manjar de convaleciente tras del fracaso de la corrida de la Prensa, último ejemplo de lo perjudicial que son a los toros los vientos modernos, en que los toros fracasaron porque la presencia—luego ausencia—de los ases no deja proveer a este margen con libertad, convirtiendo cada corrida a base de ellos proyectada en la exhibición de una compañía con cabecera teatral; Fulano y Mengano, que se traen repertorio de toros, y de algún galán joven, todo inatacable e indivisible. Es sintomática la reacción la buena afición, de ese grupo magníficamente taurino, llamado «Club Cocherito», bilbaíno, que se ha dirigido en sustancia a la máxima autoridad en la materia para que empiece la Cuaresma y la seriedad. Un grupo de aficionados aragoneses me hacen el honor de dirigirme, con razones indiscutibles, su desencanto ante lo que va sucediendo y su propósito de trabajar por el resurgimiento de la fiesta. Creo que es el momento, y no el de las serpientes marinas del invierno taurino de poner la pasión, tan necesaria en la fiesta de toros, en desarraigarla de donde tan equivocadamente se puso; en combatir la inflación y en volver los ojos a los fundamentos del torero. Este no lo dan tanto las figuras como los toros. El torero se hace sobre toros y se nutre con novillerías. Por aquí hay que empezar.



Luis Miguel en un ceñido y templado natural a su primer toro



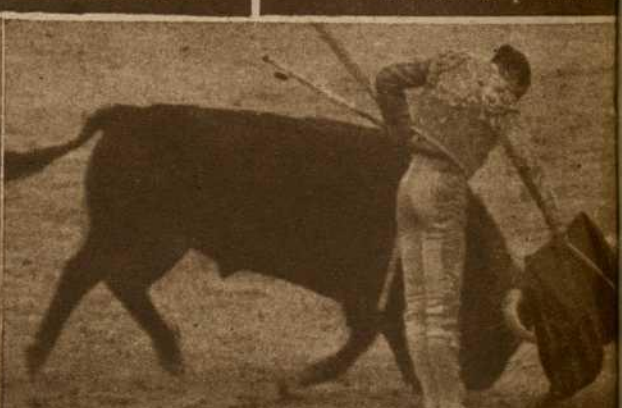
Un ayudado por alto de Dominguin, al iniciar la faena de muleta



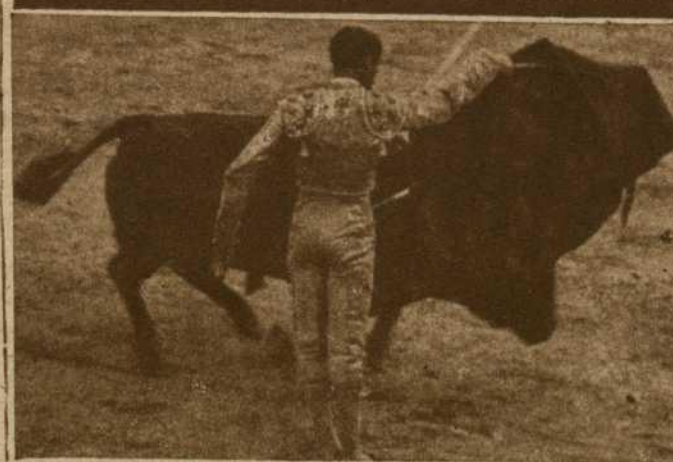
Luis Miguel Dominguin en otro natural en su primero



El Choni toreando de cupa en el tercio de quites



El torero valenciano en la faena de muleta



Aguado de Castro al iniciar la faena con un ayudado por alto



Un lance a la verónica de Aguado de Castro, en un quite (Fots. Baldomero)

DESPUES DE LA CORRIDA

"Si Dios quiere, me darán muchas orejas en Madrid"— Dominguín

"Los Villagedios buenos, pero mejores los maté en Bilbao"— El Choni

"He empezado a perder el miedo al público madrileño"— Aguado de Castro

LUIS MIGUEL DOMINGUÍN

COMO siempre, mucha gente bule en el domicilio de esta dinastía torera.

Mi anodina presencia produce una repentina mutación en las conversaciones, y por un fenómeno de asociación de ideas, por la mente y los labios de todos los presentes —toreros, ganaderos y aficionados— ituye el recuerdo del hombre bueno, la evocación al amigo cordial, franco, generoso; el escritor austero, luminoso, insustituible, figura señera en la historia del periodismo español.

Y con el alma metida, más que en el cuerpo, en la espina de nuestro dolor, al tiempo que saco mis cuartillas, misito las palabras de Jorge Mahrique: "Paciencia! Es la voluntad de Dios. Sigamos caminando."

Los temas vuelven a versar sobre la corrida. Todos opinan que hoy Luis Miguel ganó muchos tantos en la recuperación de adictos y simpatizantes.

El diestro, haciéndome un sitio a su lado, me dice muy decidido:

—Si Dios lo quiere, en Madrid me tendrán que dar, quieran o no, muchas orejas.

—¿No crees que ya el público empieza a examinarte con menos severidad?— le pregunto.

—La advierto que a mí no me han disgustado nunca las exigencias de los aficionados madrileños. Precisamente hasta me enorgullecen sus imperiosas demandas. Mientras esperan de mí, continuarán exigiéndome. ¿No crees usted que entre un "no ha querido" o un "no ha podido", es siempre menos mortificante el segundo comentario?

Rehuyo entrar en esta clase de disquisiciones, y llevo al "joven maestro" a otro terreno.

—¿Cómo tú, tan seguro en la larga cambiada, estuviste hoy seriamente comprometido al ejecutarla?

—El toro acudió al trozo. Entonces corri para atrás para que se fijara bien. Tuve que hacer el lance desde muy cerca, y llegué a sentir la sensación de que salta atrollado.

Alguien le felicita por haber terminado indemne la temporada.



Luis Miguel en un molinete con las dos rodillas en tierra



El Choni en un ayudado por bufo



Un buen pase por alto de Aguado de Castro (Fotos Raidómero)

EL CHONI

El valenciano, con el gesto alegre de haber cumplido, como siempre, con su deber, descansa en la cama rodeado de tres o cuatro amigos.

—Hubo un momento —dice— que creí no podría torear esta tarde. La duda fue motivada por los molestos efectos de la articularia, consecuencia de mi cogida del domingo anterior.

—¿Qué le han parado sus dos toros?

—Ambos han salido con poca fuerza. De ahí mi preocupación para que los trataran con suavidad. Siendo buenos —eso es innegable—, no han dado el magnífico resultado de los corridos en Bilbao. Aquellos, de más porte y poder, dieron un promedio de 300 kilos.

—¿Por qué demoró usted entrar a matar a su primero?

—Porque el animal estaba en la suerte contraria, y su tendencia, por tanto, era a marcharse de allí.

Jaime Marco comenta con disgusto su mala suerte con el pincho. Entró a matar sin trampa ni cartón y, sin embargo, la suerte no le fue propicia.

AGUADO DE CASTRO

Las restricciones lumínicas tienen casi en la oscuridad el aposento del torero. El "cast" lo constituye un farolito de carburo, cuyo resplandor proyecta unas sombras fantasmales. Benigno asegura haber empezado hoy a perderle el miedo al público madrileño. Se encontró ante los toros más puesto y animoso que en actuaciones anteriores, y el hombre se mostró valiente y decidido.

Sometido al servicio militar, Aguado de Castro no ha podido entrenarse, ni tampoco intervenir en cierto número de corridas. La de hoy hacía el número cinco. Está contento de haber podido demostrar hasta donde llega su voluntad para complacer a sus paisanos. Y para un torero que desde el 26 de julio no había cogido un capote, su actuación de esta tarde no ha dejado de ser meritoria.

F. MENDO

Banderillas de fuego

Por Alfredo Marquerie



Luis Miguel Dominguin

Ya en octubre, aunque "los morenos" todavía se tuessen en la sombra la piedra del tendido tiene frialdad de brocal de pozo.

Aguado muestra un apellido francamente optimista en estos tiempos de sequía.

La espectadora que se consuela con cualquier cosa dice, al verse en una localidad muy alta: "¡Qué bien!... Aquí, aunque salte el estoque, no nos llega".

El toro se cae, encoge las patas, y en medio del anillo queda convertido en un centro de masa.

Luis Miguel Dominguin empieza siendo "digitotestuzmaniaco", pero luego se para y estira, nos pone el corazón en la garganta con su larga cambiada a la salida de toriles y el público se convierte a su credo al verle torear de muleta tan cerca y tan bien.

Nos explican que Aguado está desentrenado. Pero al fin de temporada!... en su último toro, hizo cuanto pudo. Le falta ritmo. Ne completa los lances. Le encontramos como a ciertos films, "mal sincronizado".

La puya enhebra da convierte al toro en un tranvía con el trolley desenganchado del cable.

El Choni, temerario, escalofriante, torero con música dentro, se acerca al toro dando saltitos "a pies juntillos" como en un juego de chicos sin miedo del peligro.

Hay un picador que se aproxima al bicho haciendo el avión. Y alguien comenta: "¡Hombre, Aruza a caballo!"

Los cabestros, siempre que salen, dan trabajo a los arneros. ¿Está entendido?...

El banderillero hace sonar los rehiletes entrechocados como en un son de ciquesta tropical.

El "chonismo" será una escuela de nombre feo, pero ¡ya existe!



El Choni



Aguado de Castro

LAS SENORITAS TORERAS

Por JOSE CARLOS DE LUNA



RECORDAMOS, como en sueño, haber visto en nuestra infancia a las señoritas toreras Lolita y Angelita. Capitaneaban sus correspondientes cuadrillas de muchachas y mujeres, peonas y banderilleras, con exclusión —claro está!— de picadoras. Ni el espectáculo que ofrecieron tuvo empaque de corrida formal, ni por entonces cabía en afición humana la necesidad de picar utereros con los cuernos despuntados.

Porque no me es feliz la memoria, sólo me sueñan Lolita y Angelita con música de *Pan y Toros*. Seguro que tuvieron émulas a raíz de sus actuaciones, pero no debieron formalizarse otros nombres, o, por lo

menos, no los recuerdo ostentosos entre chafarrinones de almagra, ocre y azul cobalto.

¿Se aburririeron las mujeres del ejercicio de esta profesión? ¿Se desengañaron? ¿Fue la autoridad la que les impidió seguir adelante?

Creemos que de todo hubo.

Despuntada la curiosidad de los públicos y frenadas sus exigencias por instinto de galantería; desproporcionados los revolcones con el precio a que las Empresas los pagaban, y, luego, la rotunda prohibición, no del todo infundada, fueron consejos y argumento categórico que cerró las puertas de los ruedos a las señoritas toreras.

Nadie nos pide nuestra opinión ni vale la pena cacarearla; pero tanto cambiaron los tiempos y los modos, que entretiene analizar las posibilidades de que la profesión que a tantos enriquece sea asequible al sexo para el que muchas puertas, antes vedadas, ya se abrieron de par en par.

El deporte fortaleció muscularmente la feminidad templándola en launces de relativa barbarie; y si afronta muchos peligros de los que algunos alardean, cabe estudiar si este de torear *por lo fino y estatuariamente* puede admitir en su rito a modernas Lolis y Angeluchis tan bien dispuestas fisiológicamente como Fulanos y Perenganos.

En primer término, el valor necesario para ejercitar la profesión de matador de toros saltó de su antiguo y recio marco de forja para exhibirse en este de escayola dorada y traza isabelina, y aunque determinadas tonterías se disfracen con barbas de *rodillazos* y *derechazos*, siguen sabiendo a caramelos de los Alpes. Ni queremos ni debemos menospreciar el trabajo de nadie; pero no puede negarse que no precisa echar en la balanza el mismo corazón para entenderse con un cuerno de trescientos kilos que con un utero de ciento cincuenta; y ni tomemos en consideración si llega a las manos del diestro exanguí y hecho jigote.

Naturalmente, repudiamos la inconsistencia infantil de que se revestirán las actuaciones de las señoritas toreras suprimiendo el tercio de varas. Nada de expuestas mojigangas; picadores al canto, mejor cuanto más feroces y apasionados de su profesión, y peones machos y duchos en artimañas a dos manos, sabios en rematar la larga corrida mejor en pilar de piedra que de madera, donde pueda dejarse el *enemigo* un cuerno o ambos y los sesos; y si esto no es posible porque el instinto del animal burle los del hombre, que se quebrante y entonchez de manera práctica y contundente. ¡Pues no ahorra muchos muletazos de castigo la *feliz* ocurrencia tan bobalicónamente tolerada!

Con las mismas concesiones que a los astros de primerísima magnitud, quizá fuera posible el lucimiento de las estrellas.

Todo lo dicho quede remachado a cuenta del valor para afrontar peligros, y vamos a las posibilidades que a las mujeres brinda la técnica a la moda.

El toreo estatuario y preciosista, y aun el sacado de quicio funambullescamente, caen muy bien —si el enemigo no reza— dentro de las facultades estéticas y de la inspiración del sexo débil. En la danza superó siempre la mujer al hombre, y en el circo, si no son hercúleos —generalmente— los trabajos de las titriteras, ellas se llevan las palmas por más ágiles y flexibles que los acróbatas y por la sutil atracción de su gracioso dengueo y la belleza de sus formas.

Es desagradable ver rodar a un hombre, por muy vestido de luces que esté, entre las patas y las acometidas de una bestia; ¿cómo no va a parecernos más deplorable que el triste espectáculo lo ofrezca una muje? Pero si la feminidad afronta y comparte los peligros de otras actividades, ¿por qué excluirlas de torear novillejos bien picaditos y quebrantaditos?

¿Que nadie se lo impide sino en público y cobrando?

Pues ahí está la singraciería.

Disminuido el riesgo, como sabemos y comprobamos, déjeselas lucirse y cobrar sus pesetitas. Bastará prohibirles que rematen con sus ganancias en ganaderas de pequeñas reses de lidia. ¡Eso, no!

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT



AL comenzar a escribir esta "efemerides" tengo ante los ojos la revista "Los Toros" del 25 de noviembre de 1909. Hay en ella dos planas dedicadas a don Luis Mazzantini, nacido en Elgóibar el 10 de octubre de 1856. La vista parcial de Elgóibar, la fotografía de la casa en que nació Mazzantini, éste, en pie y sentado, parecen incitarme a escribir sobre aquel a quien la musa popular dedicó tangos y jotas; sobre don Luis, al que los grandes literatos hicieron hermosos artículos para cantar sus dotes, a la par que los revisteros taurinos elevaron a la mayor altura sus condiciones de matador. Su nombre se ostentó en sombreros, corbates, bastones y, como dice *Dulzuras*, rara era la casa en la que no había gato, perro o pájaro que no llevasen el del diestro de Elgóibar. Fue él quien primero se hizo pagar seis mil pesetas

por corrida —cifra entonces fabulosa—, y bien merecería por entero mi atención.

Pero hoy viernes, 5 de octubre, en que este trabajo escribo, a las nueve de la mañana, ha muerto Manolo Fernández Cuesta, y nuestro entrañable director, mi amigo desde hace muchos años, el gran periodista murrito, que ideó y sacó a la luz pública esta popular revista, orgullo de la Prensa española, porque me sale del corazón, reclama que se consigne tan infausta noticia como homenaje y pésame, y para que los lectores de EL RUEDO que aquí acudan en afanes de investigación, andando el tiempo, sepan que escribe, que corta y cose, semana tras semana, al igual que todos mis compañeros, viste la pluma de luto, el no. de dolor, abre este paréntesis de actualidad y merma para los toreros de ayer el espacio que habitualmente aquí viene dedicándoseles.

Sobre mi mesa de trabajo, de nuevo reclama mi atención la Prensa de épocas pasadas, Leo que el 11 de octubre de 1925, en la corrida de la reparación de Juan Belmonte, el peso medio de cada res lidiada sobrepasó a las veintisiete arrobas. Sin la muerte de Manolo, otro día esto sería por mí utilizado para entresacar sabrosos comentarios. Pero, sin posible inspiración, prefiero seguir mi búsqueda y detenerme en la fecha del 13 de octubre de 1890. Con Guerrita actuó Mazzantini, de morado y granate los dos. El cuarto toro enganchó por una hombrera a don Luis. Atónitos, los espectadores vieron que el de Elgóibar, por instinto de conservación, se defendía propinando tremendos puñetazos en uno de los ojos al cornúpeto. Instantes después lograba desasirse, se refugiaba en el burladero inmediato y oía una de las mayores ovaciones que en su vida se le tributaron. "Es curioso", hubiera comentado Manolo Fernández Cuesta, Y, si viviera, estoy seguro de que leería con interés este otro hallazgo. El 13 de octubre de 1925, en la plaza de Madrid, la proverbial puntualidad de la fiesta nacional brilló por su ausencia.

Saleri, Posada y Gitanillo de Rieca no se ponían de acuerdo sobre si el piso del ruedo, a consecuencia de la lluvia, estaba o no en condiciones para que la corrida comenzase. Estaba anunciada ésta para las tres y media y no comenzó hasta las cuatro menos cinco, con la consiguiente impaciencia del público. En aquella corrida, con una costilla rota, tuvieron que meter a la enfermería de la plaza a Gitanillo. Sería interesante relacionar este detalle de pundonor profesional con lo que ahora ocurre.

Pero el hecho de que hoy esté Manolo de cuerpo presente y que mañana vayan a enterrarle es idea que me obsesiona y acongoja.

En "El Liberal" del 13 de octubre de 1905 salta a la vista otra noticia relacionada con Mazzantini. Por ella tuvieron noticia los aficionados de que en las entonces próximas elecciones, el famoso diestro presentaba su candidatura para concejal. A los veinticinco años de ocupar uno de los primeros lugares, después de haberse hombrado con Lagartijo y Frascuelo, después de haber compartido con Guerrita el aplauso de las muchedumbres, aquello era la muerte del torero. ¡La muerte!... Otra vez, Manolo, surges en las tinieblas de mi imaginación. Es inútil que pretenda leer las resñas que dieron cuenta de la presentación de Manuel García el Respartero en Madrid, suceso ocurrido el 14 de octubre de 1885; inútil también que el dibujo de Emilio Torsel, en "Los Toros", del 14 de octubre de 1909 pretenda enseñarme, gráficamente, cómo murió Juan Gómez García de Lesaca, el señorito torero.

Leo, releo, y apenas me entero de cuanto pasó en diversas fechas memorables y en distintos 15 de octubre pasados; Y tengo que poner mis cinco sentidos para atestiguar que el 16 de octubre de 1905 se dió en Avila una de las corridas más desastrosas leídas en la historia anecdótica del toreo.

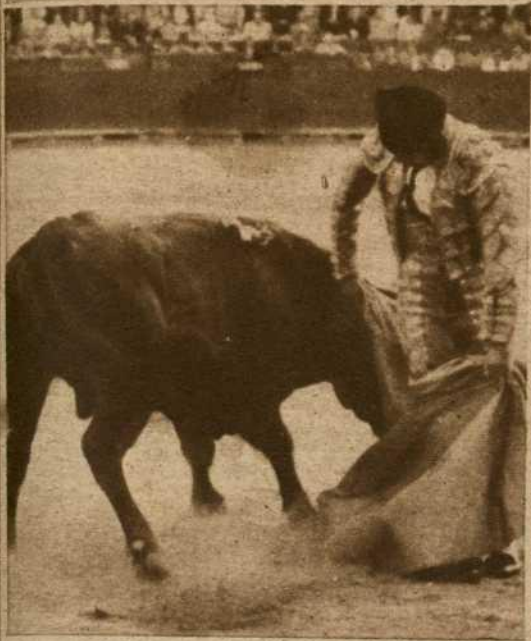
Fue cogido Relampaguito, y la noche se echó encima sin que muriera el cuarto toro. Los cabestros no lograron reintegrarlo a los corrales; el público invadió el ruedo; la autoridad ordenó inútilmente, despejar la arena; hubo revolcones y heridos, y un guardia civil acabó matando al toro de dos tiros de fusil Mauser.

Pero todo me resulta frío, sin vida, como Manolo Fernández Cuesta, que al fin reposa de su intensa vida de trabajo con el sueño eterno que para él pido a Dios Nuestro Señor.



LA CORRIDA DE LA PRENSA VALENCIANA

MURTEIRA CORREIA, PEPE BIENVENIDA, MANOLETE Y ARRUZA



Pepe Bienvenida en una de sus clásicas y lentas chuevelinas



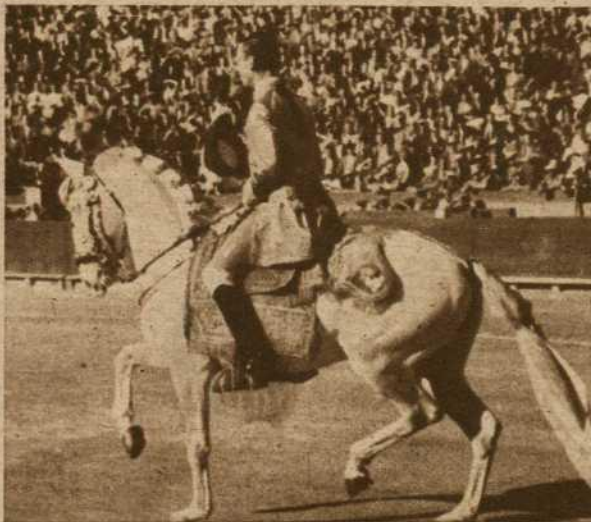
Murteira Correia, dispuesto para dar comienzo a su actuación



Pepe Bienvenida en un derechazo a su segundo toro



Murteira Correia clava un par de banderillas a dos manos



El caballero portugués, que tuvo una lucida actuación, saluda al público



Murteira clava un rejon con facilidad y estilo



Pepe Bienvenida en un ayudado por bajo a su primer toro



Un gran par de banderillas de Pepe Bienvenida (Fots. Vidal)

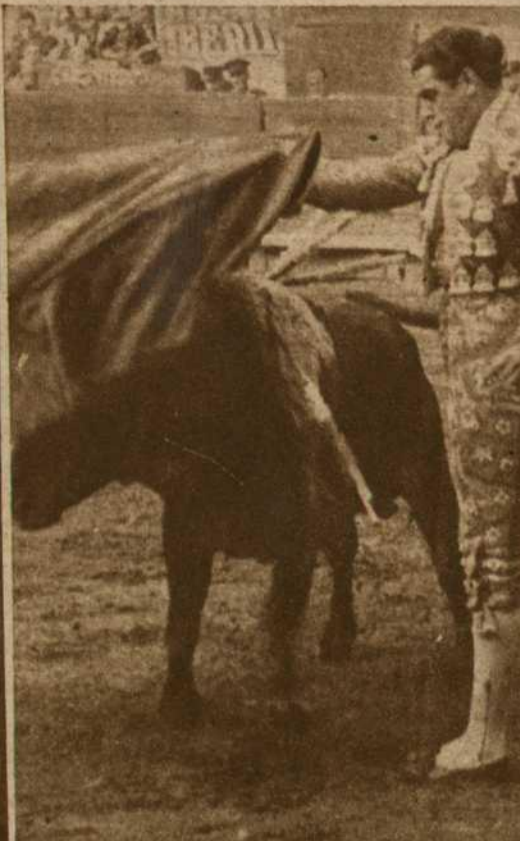
CARTEL DE BARCELONA



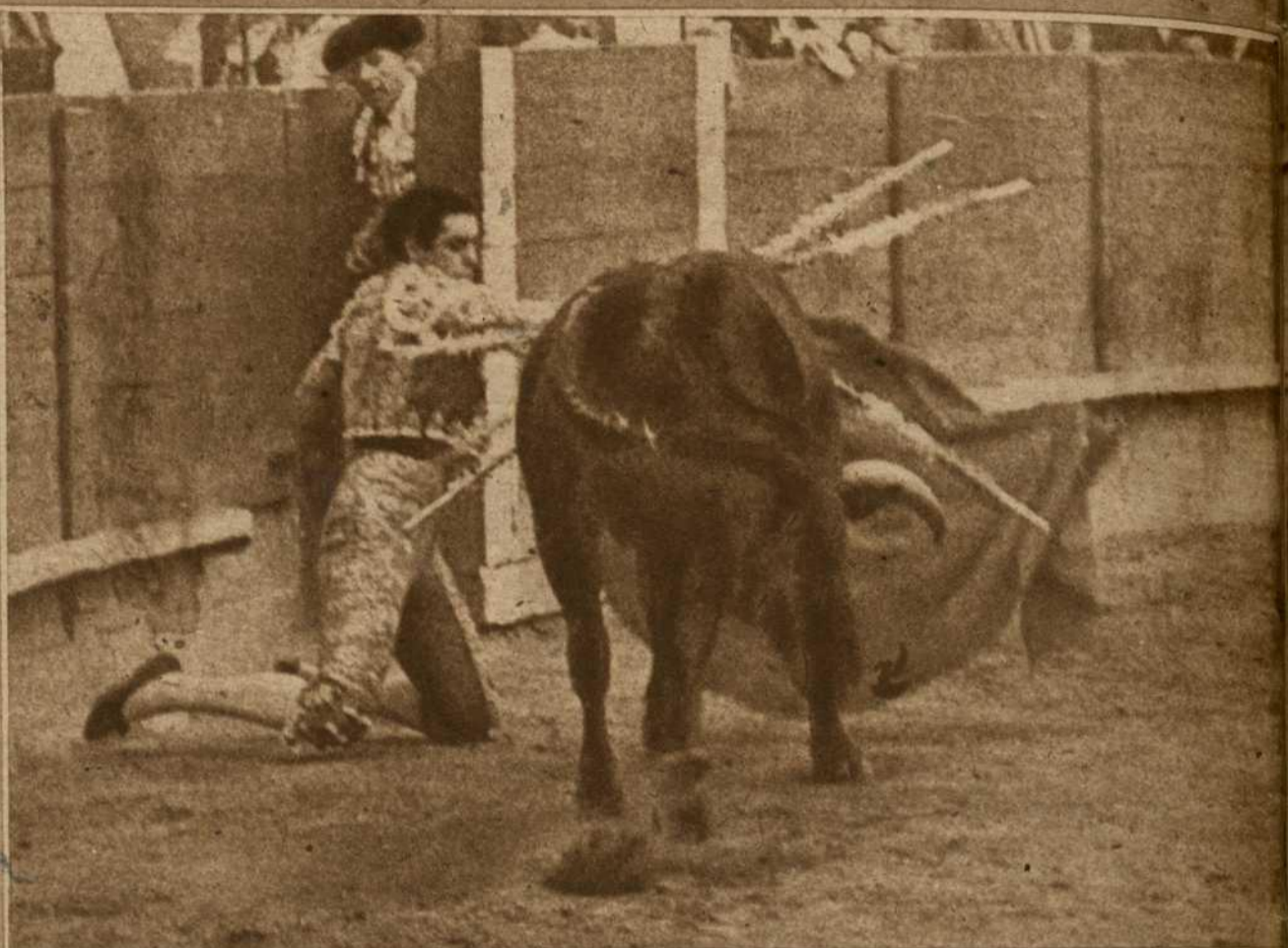
Pepe Dominguín, recorriendo al bicho, al iniciar su faena de muleta en Barcelona



El diestro Dominguín, clava un magnífico par de banderillas al toro que despachó en primer lugar



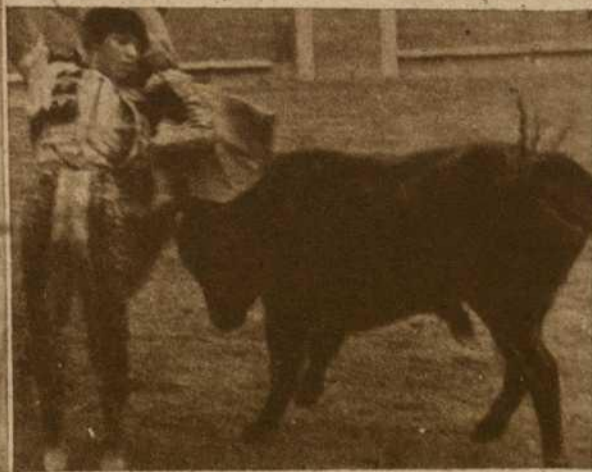
Haciendo la estatua, Curro Caro logra un magnífico pase por alto, en la corrida del domingo



Junto a las tablas, en terreno difícil para la lidia, Curro Caro comienza la faena de muleta con las dos rodillas en tierra y así logra varios pases por alto como el de la fotografía



Un momento emocionante de la cogida de Curro Caro, en su primer toro



Pepe Dominguín en unos farotes muy apretados al toro que fué lidiado en tercer lugar

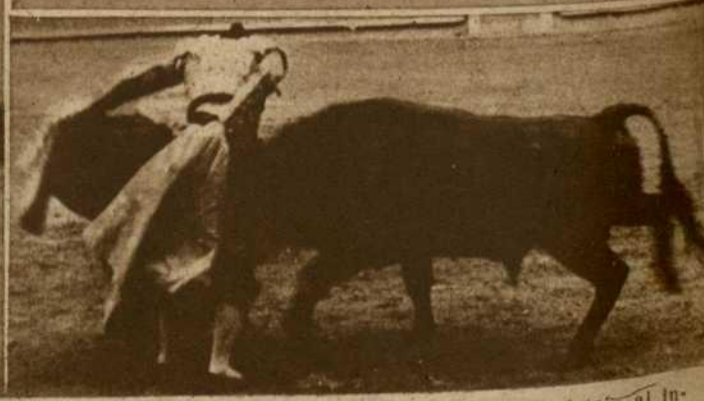
JUICIO

BARCELONA 7 (Crónica de nuestro redactor Subirán). — La primera de otoño nos ofrecía a dos modestos desconocidos a fuerza de olvidados y a un nuevo valor mejicano: Curro Caro, Pepe Dominguín y Antonio Velázquez. Y era de esperar que se nos dieran toros.

En efecto: por la puerta de los gustos salieron seis ejemplares del campo charro de buena presentación, con exceso de herramientas algunos de ellos, pero con un estilo pésimo y discutible bravura, pues todos tuvieron tendencia a la huida.

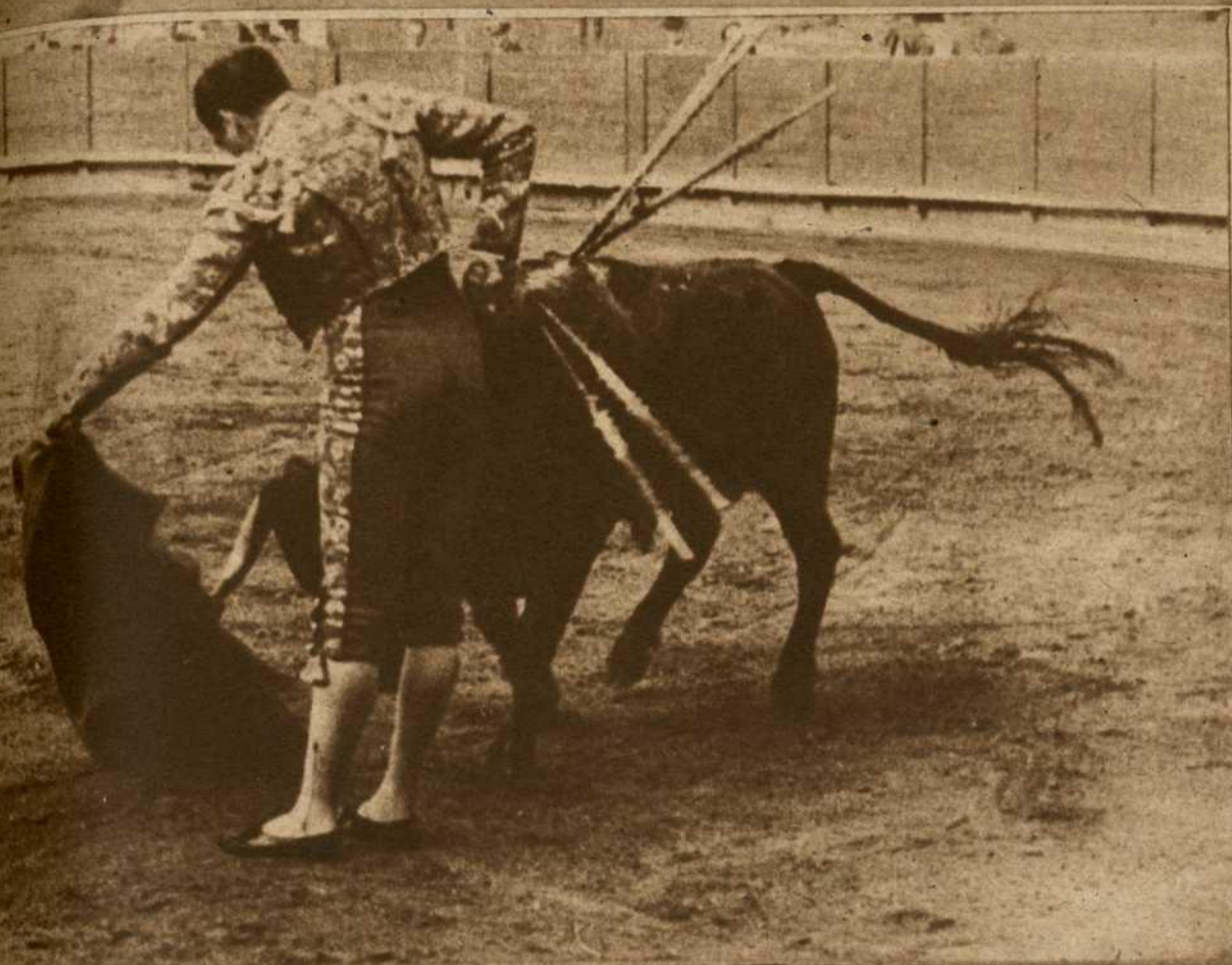
No tuvieron, pues, los maestros material propicio para el éxito; pero la corrida no se fué a pique gracias al valor y buena clase de Curro Caro y Velázquez.

Curro se arrimó en su primero como los buenos; torerísimo y valiente, a pesar de tener un marrajo, se lució, poniéndolo todo él y mató dolo de una entera fulminante. Escuchó una oración grande, dió la vuelta al ruedo y así pitó a la presidencia por no concederle la



Antonio Velázquez torcando de frente por detrás al intervenir en los quites, alternando con Curro Caro y Pepe Dominguín

Toros de Sánchez Valverde para CURRO CARO, ANTONIO VELAZQUEZ y PEPE DOMINGUIN



Curro Caro, dentro del terreno del bicho, aguanta la arrancada, sacando un buen izquierdazo. En este toro el madrileño fue ovacionado



Velázquez lancea al primer bicho que le correspondió en la corrida el domingo



El mejicano rematando con media verónica uno de los quites que realizó en el primer toro

CRITICO

oreja. Y en su segundo, un marmolillo indolable, también se lució en lo que pudo, escuchando palmas. Curro debe volver

antes de que termine la temporada. La novedad se tradujo en tarde triunfal. Velázquez puso en pie a todos con tres faroles imponentes así que salió su primero, y continuó por chiscuelinas. La música comenzó a tocar en quites y no terminó hasta el arrastre del toro, pues hubo tres grandes pares de banderillas, una facia de torero valiente y... poca suerte con el acero; por eso el mejicano no cortó la oreja. Hay que señalar su aparatosa cogida de tanto arrimarse, sacando la tal-gulla hecha trozos. En su segundo confirmó que es gente con el capote y con los palos. No pudo lucirse con la muleta, pues no tenía toro, y volvió a flagusar con el acero, pero escuchó grandes aplausos.

De Pepe Dominguín lo mejor es decir poco al analizar su labor. Un quite y dos pares de banderillas; eso fue todo lo que hizo de apreciable.



El diestro mejicano clavando un gran par de banderillas, aguantando valientemente



Antonio Velázquez, debutante en el coso de la Monumental de Barcelona, remata con media verónica muy ceñida, en uno de los quites



Curro Caro cuida del bicho con mucho temple, fijándolo al iniciar la faena de su segundo toro, difícil para la lidia por su mansedumbre



Curro Caro toreando por manoleínas, con la muleta a la espalda, magníficas de ejecución (Fotos Valls)

UNA CORONA DE FLORES



Nuestro Director fue invitado expresamente para la inauguración del Oratorio que costó Domecq. Hele aquí, mezclado entre los invitados, en su visita a aquella hermosa obra

EL 13 de junio de 1944 salió el primer número de EL RUEDO como semanario. La aparición de tal revista taurina fué, para quienes no conocían a fondo el tesón, el talento y la enorme afición por las cosas taurinas de Manolo Fernández Cuesta, algo que se acercaba a lo milagroso. Bien sabemos que los hombres no hacen milagros; pero sí podemos afirmar que la aparición de EL RUEDO no hubiera sido posible sin Manolo Fernández Cuesta.

Bajo la dirección de nuestro inolvidable amigo se han publicado sesenta y siete números de nuestro semanario. El último lo hizo desde el lecho del dolor, horas antes de su muerte, con la ayuda de uno de sus redactores predilectos. Fué su última contribución al trabajo que constituyó la ilusión de su vida.

Cuando lo llevamos a su última morada vimos a nuestro lado a muchos de los que habían sido sus amigos. Otros, que se hallaban ausentes, nos enviaron testimonios de su dolor. Algunos encontraron el medio de enviar, como prueba de su afecto, una corona de flores con que cubrir el féretro. Hubo que emplear coches especiales para transportar tanta corona. Todas tenían para nosotros un gran valor; y entre todas había una que hacía que nos emocionásemos aún más de lo que estábamos. Era una corona que dedicaba al que fué nuestro director—un banderillero. Este banderillero se llama Joaquín Manzanares, Mella.

El Mella era amigo de Manolo Fernández Cuesta, como amigos suyos eran cuantos le conocían. El Mella había publicado un artículo en un número extraordinario de EL RUEDO y vió reproducidos retratos suyos en nuestro semanario en cinco o seis ocasiones. Si se le citó alguna vez no fué para hacerle favor, sino, simplemente, justicia. El Mella se creyó obligado a patentizar su agradecimiento.

No todos obraron así. Nos duele que hubiera excepciones. Ahora que todo pasó no habrá quien crea que pedimos nada para honrar la memoria de quien no necesitó honores, porque ninguno hubiera podido parangonarse al del ejemplo de su vida de hombre trabajador sin tacha. Nos duele que haya habido torero del que se han reproducido, en los sesenta y siete números que de EL RUEDO van publicados, no menos de quinientas diez fotografías, que no tuviera en tales momentos un vehemente deseo de hacernos conocer su dolor por la pérdida que todos hemos sufrido. No le ha afectado, por lo visto, a ese diestro la muerte de quien con él se portó como un verdadero y leal amigo. Seguramente, no influirá en su triunfal carrera artística la desaparición de Manolo Fernández Cuesta. Sin duda ha llegado al puesto que ocupa por méritos propios. Esto será cierto. Y no lo es menos que la Redacción de EL RUEDO ha sentido profundamente ese desvío y ha recibido una lección, que es ésta: Es conveniente siempre hacer justicia al humilde y necio hacer favor al poderoso.

Quiera Dios que ese famoso lidiador no pase nunca por trance parecido al que nosotros sufrimos por su olvido, y El nos conceda la gracia de continuar el generoso ejemplo del que fué nuestro muy querido director. BARICO

CARTA ESPECTRAL A MANOLO

No vives, Manolo, y te escribo. Sé que tú vas a leer esta carta. Te siento a mi lado. Yo te veo como siempre, como te veía en aquellas largas noches invernales en las que la luz de tus ojos marinos ponía brillo en la fatiga de nuestras pesadas jornadas de labor... y como tú estás ahora, leyendo esta carta, por encima de mi hombro, como tantas y tantas veces —tu celo vigilante no se resignaba con la explicación oral, sino que te era necesario, para tu tranquilidad, la comprobación visual—, como siento tu respiración tan cerca de mi cara, como tú vives en mí, no como recuerdo, sino como presencia física y tangible, te escribo esta carta para explicarte algo que un tajo helado cortó en seco de nuestro diálogo.

Tú querías, de esto hace apenas cinco años, que en EL RUEDO yo escribiera una carta abierta, destinada a los diestros que no quisieron intervenir en la corrida de la Prensa. Ese deseo tuyo lo adivinamos, más que comprendimos; porque para nosotros, tú poseías un nuevo y amargo alfabeto en la mirada y en las manos, ya que tu lengua se había casi entumecida en la dolencia.

Tú querías esa carta. Lo ordenaste. ¡Fue tu última orden! Así, dura, que sea dura! ¡Muy dura! ¡Cómo se iluminaban tus ojos cuando te repetía como un ritornelo de comprobación estas frases! ¡Con qué sana alegría infantil reía tu boca, cuando me decías: ¡Dura! ¡Muy dura...! ¿Verdad, Manolo? Pero yo no cumplí tu última consigna periodística, y ahora voy a decirte por qué no la cumplí.

Tú, Manolo, eras el peor enemigo de ti mismo. Jamás, nunca, te importó en absoluto nada tuyo. Ni tu salud, ni tu vida, ni tu dinero, ni tu sueño... Compensabas este defecto capital con la virtud arcángelica de darlo todo a los demás. De hacerlo todo para los otros. Tu más tenaz preocupación fue, a lo largo de tu vida joven y fecunda, servir al prójimo, ayudarlo, alentarle, encumbrarle.

Tú que pasó por la triste calle de la vida empujando hacia arriba a sus semejantes. Tú querías que cada mortal, más arriba, en el plano común de las gentes, pudiera con mayor facilidad tener diálogos con Dios, con la Felicidad, con la Dicha. ¡Pobre Manolo! Tú, empeñado en tarea tan sublime, no te diste cuenta de toda la gran miseria humana. No sabías que en cada hombre puede más su avaricia especulativa que sus lentos y tardios sentimientos del Bien. El hombre es una criatura fácil a la embriaguez. La Fama, la Gloria, la Popularidad, son, en la generalidad de los casos, las únicas fuerzas ocultas que imantan la actividad humana. Toda la gama del delito sirven casi siempre de peldaños para llegar a ellas. Todas las indignidades son para la generalidad de los hombres, licitas para llegar a sus utilidades y mezquinos fines. ¿Qué importa una traición, si tras ella un disco aureo entellea su brillo como un premio? ¿Qué importa la ingratitud, si la Fama hace público a diario su rostro en los periódicos, en las revistas de mayor circulación? ¿Qué importancia tiene una canallada, después de ser astro en el plano engañoso de la popularidad? Casi siempre hay que buscar el sujeto, la coyuntura, la circunstancia que permita realizar la canallada, la indignidad, la traición, para conseguir el logro apetecido. En este caso, no hacía falta la búsqueda: tú, con tu gran corazón, con tu anchura cordialidad, con tu fraterna comprensión, con tu infantil y obstinada despreocupación, eres el hombre ideal para traicionar. ¿Qué importaban a nadie tus hondos coloquios de amargura? ¿Qué sabía la gente de ese río de tristeza que se escondía en el fondo de tu clara sonrisa? ¿Qué podía importarles a las gentes la belleza immaculada que en nobles pensamientos anidaba en tu excelsa frente?

Tú dabas a manos llenas los favores de tus manos en consuelo, de tu bolsa en dinero, de tu espalda como pedestal, de tu fuerza para elevar. Tú dabas sin que te pidieran... Y claro; yo, que espiaba, por indómita e indígena reserva, todos los gestos y los actos y las formas y los fondos de los demás, no quise darte este último desengaño, que te habría asaltado quizá con su salto felino, un minuto antes que te besara Parca en la espaciosa frente. ¡Un minuto, no más, que te permitiera entrar de cara a la sombra, sin otro disgusto, conservando la ilusión de que aquellos diestros iban a responder adecuadamente a tu requerimiento! No lo quise hacer. Perdóname; es la única vez que desobedecí una orden tuya. Ahora la voy a cumplir.

Y ahora, ¿para qué? Pues para poder escupirla a los culpables mi santa indignación.

Tú, cuando fundaste EL RUEDO, te diste, como siempre, a todos. Aquí, en este periódico, no entró jamás una peseta de esos fondos de reptiles tan conocido. Aquí nadie pidió nada de nada. Dios y tú nos hubieran liberado a todos...

Aquí se dió sin tasa, sin medida, sin cuenta, se dió todo: elogios,



La ternura de esta escena nos ahorra todo comentario. Fue en un viaje a Jerez de la Frontera y con los chicos del oratorio

aliento, popularidad, fama, gloria, a todos, a grandes y a chicos. A los chicos se los hizo grandes, y a los grandes, gigantes, y a cambio, de tanta ejemplo gen rosidad, tú requerías para que los diestros no obstaculizaran las gestiones e intervinieran en la corrida de la Prensa. Era a beneficio de nuestra Casa social, a beneficio para los huérfanos de los periodistas. Era, ¡Santo Dios!, a beneficio del pan de los muertos. Y... bueno; verás. Ortega vino a *Maria*. Nos trajo una carta. Vino él en persona. Los otros, Arzuza y Manolo, contestaron con un telegrama corto de palabras y largo de evasivas. ¿Para qué íbamos a insistir? ¿Para qué iba a redactar tu nuevo requerimiento? ¿Para qué, Manolo? ¿Para qué te iba a demostrar una vez más que la roca ni siente ni sabe? En fin, ¿para qué iba a hacer que sólo un minuto antes de que Parca te besara en la espaciosa frente, un nuevo desengaño llenara tus claras pupilas de lágrimas? ¿Para qué? Y ahora, que ya sabes todo, perdónanos, perdónales, tú que puedes hacerlo, ahora que estás cerca de Dios.

Siempre a tus órdenes, tu subordinado

Brahim

EL DIRECTOR DE EL RUEDO EN LA FIESTA NACIONAL

CARTA ABIERTA

9 de octubre.

Señores redactores de EL RUEDO.

Queridos amigos y compañeros:

Entrego esta carta al que viene a recoger mi capítulo de Apuntes para una biografía de Joselito. No lo he escrito, no he podido escribirlo, y falto así—perdonadme—a la promesa formal que os hice por teléfono de que hoy, a la una y media de la madrugada, podríais mandar por él a las oficinas de Radio Nacional, donde yo estaría dándole cima.

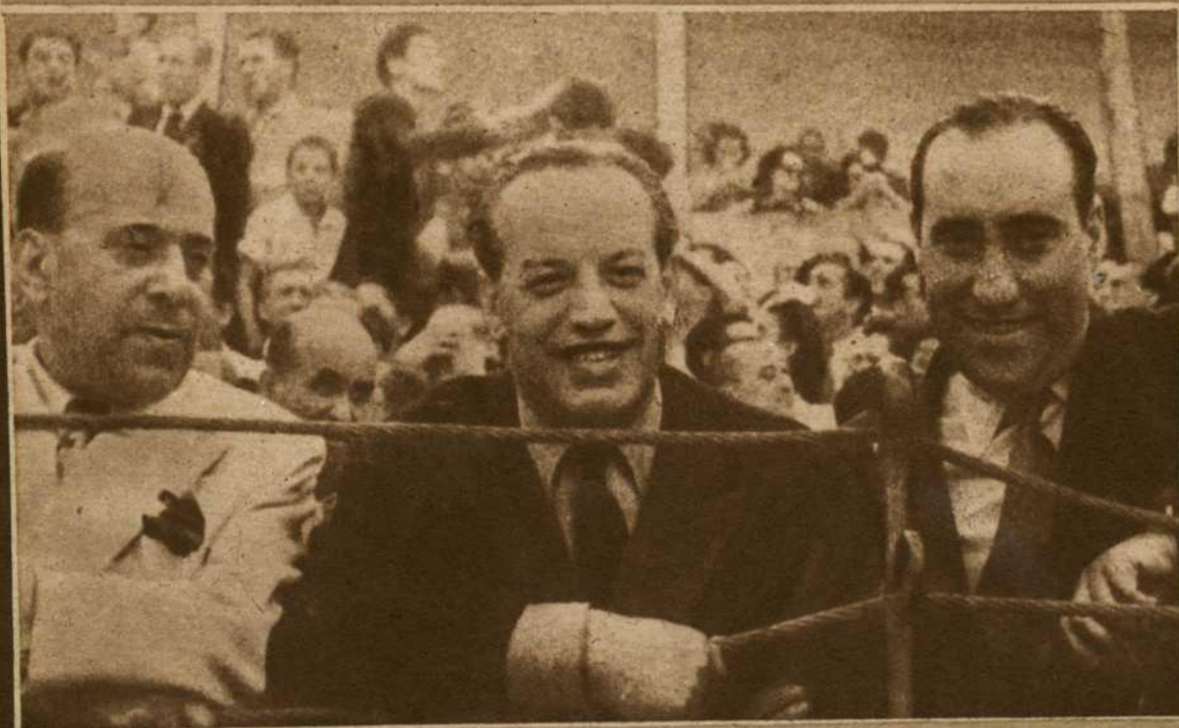
Desde que nuestro inolvidable Manuel Fernández Cuesta inventó y fundó EL RUEDO, nunca faltó mi colaboración, que él me pidió sin más interés verdadero que el de su afecto, capaz de inventar también hacia mí una admiración que no podía, o, por lo menos, no debía sentir, y yo, todos los jueves, apenas veía publicado en EL RUEDO mi último artículo, me ponía a perseguir otro, y siempre, siempre, acompañaba el original, compuesto a máquina, con una tarjeta en la que, de mi puño y letra, escribía: «Con un abrazo y mi cariño de toda nuestra vida.»

Este jueves no leí EL RUEDO porque estuve al lado del lecho de mi amigo, que ya sólo me podía hablar con sus ojos claros como su conciencia; el viernes viví en la ansiedad de si habíamos de perderlo para siempre; el sábado, porque se le había volado el alma con la última sonrisa triste de entre sus labios de hombre de bien, que nunca supieron ofender ni mentir, fui, «con todo Madrid», a darle a su cuerpo una despedida de tierra, de lágrimas y flores.

Hoy, lunes, me pidieron ustedes por teléfono el capítulo de Joselito del número próximo, dicién-

dome que no querían que faltase, precisamente porque faltaba Manolo, y yo os lo prometí; pero ahora, cuando me disponía a escribirlo, pensé que era en vano acompañarlo con la tarjeta en que siempre ponía «con un abrazo y mi cariño de toda la vida», y... ¡no he podido! Os lo dije telefónicamente e insististeis asegurándome que Manuel Fernández Cuesta está todavía con vosotros y conmigo, que sigue siendo el director de EL RUEDO y de «Marca», que está ahí en espíritu, y yo os envío, ligeramente aumentadas, sólo las palabras que le mandaba todas las semanas: «Con un abrazo y mi cariño de toda tu vida; y de toda tu muerte.» De toda esa gran muerte, que muy grande tuvo que ser para abatir su impetu juvenil, su laboriosidad vencedora del sueño y la fatiga, su voluntad porfiada y abnegada, y apagar las dos grandes llamas de su ingenio y de su corazón. Por más que me empeñe en pensar con vosotros en que está ahí, en la Redacción, timonel sereno y seguro de su nave, yo sé que ni sobre mis cuartillas ni sobre mi tarjeta caerán ya el regalo de sus miradas y la indulgencia de su sonrisa. ¡Y no puedo escribir! Perdonadme; dejad que se me aquiete esta inquietud de su ausencia irreparable; dejad que la llene con su recuerdo y que la ilusión se vaya haciendo en mí de que Manuel Fernández Cuesta sigue siendo el director insustituible, y que, a fuer de buen español, como aquel Cid dos veces grande por la leyenda y por la Historia, libre y gane aun sus batallas después de muerto. Y entonces, en el próximo número, escribiré obedeciendo la orden que por él y en su nombre me daís. Cuando pueda escribir en vez de llorar.

FELIPE SASSONE



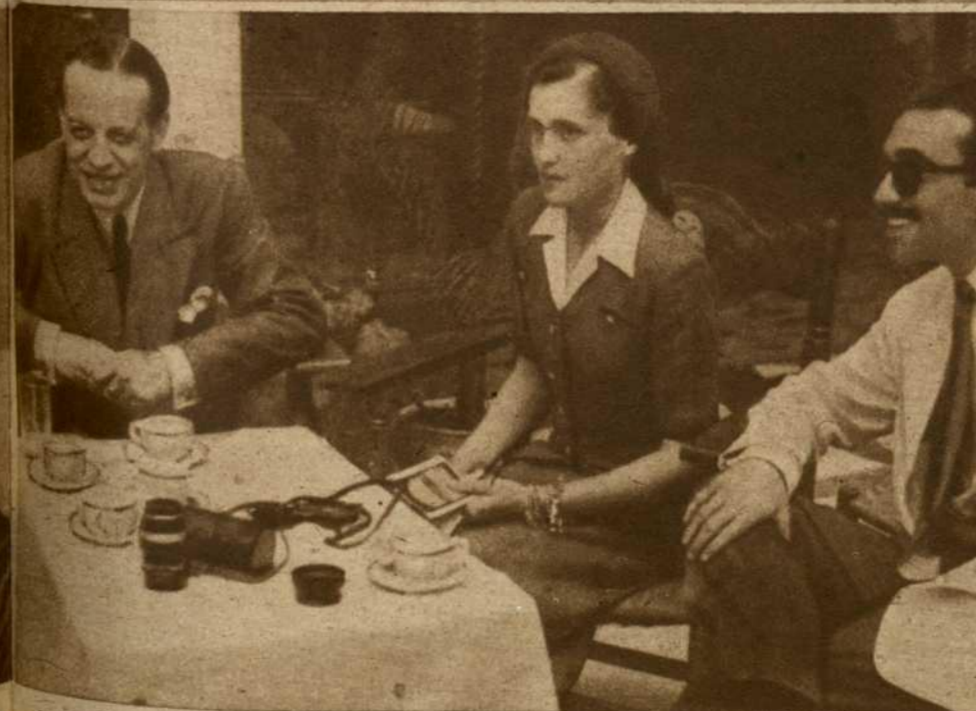
El último retrato de Manolo Fernández Cuesta, en la Plaza de toros de Toledo, acompañado de Ramos de Castro y Eugenio Gisbert. En el centro: Nuestro llorado Director conversando con Pepe Luis Vázquez. Abajo: Manolo Fernández Cuesta, presenciando una corrida de la Feria de Sevilla. A su lado, nuestro representante Raimundo Blanco.



Manolo Fernández Cuesta charlando con Pepín Martín Vázquez, mientras el diestro sevillano le muestra el vestido que lucirá en la corrida que toreará horas más tarde.



Arriba: Manuel Fernández Cuesta presenciando un tentadero, rodeado por Raimundo Blanco, Narbona y Gisbert. En el centro: Cautivado por la alegría de una caseta sevillana, nuestro Director sonríe, junto a Cosío. Abajo: Manolo Fernández Cuesta, acompañado de Saavedra y Narbona, en una de las clásicas casetas de la Feria sevillana.



Nuestro inolvidable Director, acompañado de Conchita Cintrón y Narbona, en Sevilla, días antes de que Manuel Fernández Cuesta padeciese el primer ramalazo de su enfermedad.





El entierro de nuestro querido Director, Manuel Fernandez Cuesta, constituye una imponente y sentidísima manifestación de duelo.

Hombres de todas clases sociales, retratado el dolor en su rostro, cumplen la penosa misión de acercarse a dar el pésame a los familiares.

EL ENTIERRO DE NUESTRO DIRECTOR



Nuestros camaradas de Redacción tuvieron el honor de llevar a hombros el feretro que condujo los restos mortales de nuestro Director.

La presidencia del duelo, formada por Raimundo, Nemesio, hermanos del finado, y de su hijo Manolo, al formarse la comitiva.



El momento de dar tierra a los restos mortales de nuestro Director en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena.

Acaba de terminar el emocionante y doloroso momento de dar tierra a los restos de nuestro llorado e inolvidable Director.

EL MAESTRO TURINA

vió en Sevilla el debut de BELMONTE y en Madrid la cogida mortal de CURRO PUYA



DE SEVILLA Y DE TRIANA

DE este genial músico sevillano, amigo de Falla y de Albéniz, dijo el ilustre Manuel Machado:

Turina, canta, Turina; de la música divina sevillana; gran Turina (y de Triana).

De Triana vino a Madrid, con sus veinte años, crecidos a la sombra de la Giralda, Joaquín Turina, maestro de maestros, que había de ir luego a París y volver a Madrid, sin irse nunca de Sevilla,

porque Sevilla está toda, desde siempre y para siempre, dentro de este compositor de excepción, cuya obra ha alcanzado una resonancia y un prestigio mundial.

Y siendo de Sevilla (y de Triana), ¿cómo no iba a ser el maestro Turina, ilustre entre los músicos ilustres, un excelente e inteligente aficionado a la fiesta de toros?

Tenía que ser así. Porque es de Sevilla. Y, además, de Triana.

¡Casi nada!

EL DEBUT DE BELMONTE Y LA TRAGEDIA DE GITANILLO

—¿Cuáles son sus recuerdos taurinos más antiguos, maestro?

—Yo nací en Sevilla en 1882, y viví en ella mis primeros veinte años. De allí son, pues, mis recuerdos más lejanos de la fiesta. Luego iba de Madrid a Sevilla con mucha frecuencia. En Sevilla vi yo el debut de Belmonte, el que precedió una expectación enorme. ¿No lo sabía usted?

—Algo he oído o leído.

—Pues, sí. Había muchas ganas de ver al muchacho. Belmonte trabajaba aun en la "córta" de Tablada. Su presentación como novillero no se me olvidará, como se me olvida una corrida trágica que presencié en Madrid.

—¿Qué corrida fue?

—La de la cogida de Gitanillo de Triana, que le ocasionó la muerte. Así, aquella tarde a la Plaza acompañando a los queridos amigos del cuarteto de laudes.

Este cuarteto de laudes a que se refiere el maestro era el que ejecutaba "La oración del torero", que Turina compuso en el año 1925 y que es una de sus obras más celebradas.

—Fue una corrida aquella que desde el principio se convirtió en un drama constante. Hubo muchos toreros heridos, y parecía flotar en el ambiente la fatalidad, la muerte, que embogaba presas y que se llevó, entre todos los que jugaban la vida, a aquel torero tan fino que fue Gitanillo de Triana. Curro Puya, como también se le llamaba a Francisco Vega de los Reyes

EL PICADOR OBEDIENTE

Turina se pasa la mano por la frente, como si quisiera borrar de ella las imágenes de aquella corrida, que ha quedado fija en su memoria. Y luego sigue:

—La corrida de toros más pintoresca a que he asistido fue una que presencié en Sanlúcar de Barrameda. El matador sentía un miedo verdaderamente extraordinario.

—¿Quién era?

—El músico dibujaba una sonrisa apenas perceptible, una

sonrisa que es más de ojos que de labios.

—Se me ha olvidado... El hecho es que, como consecuencia de su falta de valor, ordenó al varilarguero que picase fuerte, y el picador cumplió tan perfectamente la orden, que mató al toro de un puyazo. ¡No quiera usted saber la que se organizó!

ELOGIO DEL GALLO

Queremos traer al maestro a los tiempos actuales, y por eso le preguntamos:

—¿Va usted mucho a los toros ahora?

—Pues... voy menos que antes. ¡Con decirle que no ha visto a Manolito!... Es que me gustaba más el toro de cuando yo era joven. Creo que tenía más arte, más ritmo. En una palabra: opino que existían antaño más toro y más torero. El toro era una cosa muy seria. Tan seria, que a mí jamás me dió la tentación de coger un capote. No he toreado nunca, no ya a un becerro, sino ni siquiera de salón.

—Y de aquellos toreros que tienen sus preferencias, ¿cuál era para usted el mejor?

—El Gallo. Rafael me gustaba más que ninguno. Por lo genial. Por lo desigual. Por ese ir del abismo a la gloria y de la gloria al abismo, que ha sido la característica de "El divino calvo", el torero de más acusada personalidad que ha pisado los ruedos.

SI NO FUERA MÚSICO...

—¿Le hubiera agradado, maestro, ser un torero como él?

—No, no. Ni tanto él ni como otro cualquiera. No me hubiera gustado ser torero. Comencé a estudiar Medicina, y lo dejé por lo mismo: porque no me gustaba. De haber llegado a ser médico, me hubiera gustado ser... lo que soy; pero torero, no. Músico, músico siempre. Yo vivo para eso. Un amanecer en Sevilla, un Jueves Santo, me emocionan musicalmente. Y es que todo, o casi todo, tiene para mí un fondo, una interpretación musical.

—¿Incluso la fiesta de toros?

—Más que nada.

LO MEJOR Y LO PEOR

—¿Qué es lo mejor de ella?

—Para mí, los preparativos, el movimiento, esa breve vida intensa y preocupada de los minutos que preceden a la salida del primer toro. Ese ambiente único, incomparable. He de declarar sinceramente que para mí la corrida se hace monótona, aunque sea muy buena. El sexto toro no hay quien lo aguante.

—¿Se divierte más en el fútbol?

—No sé qué es eso. Yo estimo que los toros son un espectáculo infinitamente superior a todo deporte. Yo no he ido ni iré jamás a un partido de fútbol. Desde esté un par de banderillas bien puestas... ¡No hay nada igual!

—¿Qué le ve de malo a la fiesta?



—¡Hombre! Eso ni se pregunta. Lo peor son las cogidas. Y después de las cogidas, los picadores; estos picadores que hay ahora y que a las primeras de cambio dejan a los toros con heridas en pobres inválidos.

—Supongo que se indignará usted mucho cuando ve poner una puya asesina...

—No lo crea. Soy un espectador mudo y fuera del tipo clásico de aficionado. Ni fumo puro, ni grito, ni aplaudo en las corridas. Veo tan solo. Deseo ni hablar. Soy un espectador de sombra.

—Eso es un chiste.

—Pues me ha salido sin querer. No soy corriente. Será mejor que no ponga nada de eso.

—¡Bah! No tiene importancia. Todo el mundo le conoce a usted y sabe de su carácter serio, de su retrato espiritual. Ahora dígame, si entre el público de ayer y el de hoy encuentra mucha diferencia.

—No encuentro ninguna. Me parecen iguales los que aplaudían a Belmonte que los que aplauden a Manolito, a quien ya le he dicho que no he tenido todavía ocasión de ver.

—¿Es usted amigo de Belmonte?

—Cultivo muy poco la amistad de los toreros. De Belmonte sí que he sido y soy amigo. De los actuales apenas he charlado unos momentos con Manolito. Al que conozco es al Albaicín, al cual le he oído tocar el piano y con el que he hablado de música. Y, sin embargo, no le he visto torear.

LOS TOROS, COMO PANTOMIMA MUSICAL

—¿Cuál es la influencia taurina en su arte?

—La más directa, la que aborda de cara el tema. En los "Rincones sevillanos", que hice en 1911, una de las cuatro estampas que la componen se titula "¡A los toros!". Fue estrenada en el Ateneo de Sevilla. Tengo "La oración del torero", cuyo asunto ya está indicado: esos momentos en que el diestro reza en la capilla de la Plaza antes de salir al ruedo. Y en las miniaturas recogidas con el título de "En la zapatería" hay una, la última, que se llama "Las zapatillas del torero". En realidad, yo veo los toros como una pantomima musical de expresión por el gusto. Ese momento en que un banderillero fino se para y luego empieza a andar poco a poco... ¿Verdad que parece que se está oyendo muy suave, muy queda, el acompañamiento de la música? Quizá mi admiración por el Gallo sea un resultado de mi vocación. Nadie ha sido tan expresivo como Rafael cuando daba uno de aquellos molinetes inolvidables.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

VIAJE DE RETORNO

Armillita sale para Méjico



Fermin Espinosa, Armillita, acompañado de su hermano Juan y del apoderado señor Manfredi, en el aeropuerto de Barajas



Armillita es despedido en Barajas por sus compatriotas y amigos



Acompañado de su esposa, Armillita, disponiéndose a tomar el avión

GRANDES TALLERES SECCION MECANICA

Motores, soldadura eléctrica, reconstrucción de piezas, tornos, etcétera.

SECCION CARROCERIAS

Carrocerías metálicas, pintura duco, tapicería, chapistería

SEIDA, S. A. Espronceda, 35

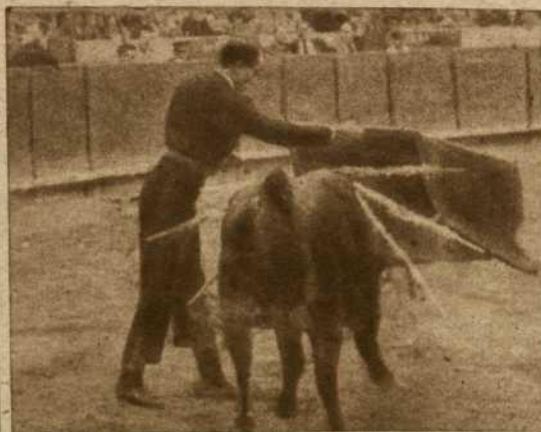
Festival en Barcelona en homenaje a Larita



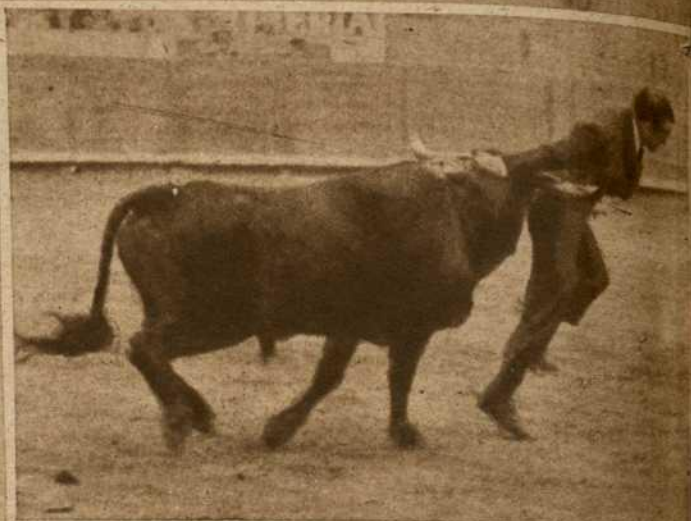
Matias Lara, Larita, vestido de corto, en el día de su homenaje



Juan Belmonte haciendo el paseillo en el homenaje de Larita



El aficionado Pepe Martín en un muletozo por alto



Un momento de la cogida de Juan Belmonte, en Barcelona



Juan Belmonte es llevado en brazos de las asistencias a la enfermería



Pedrucho, en un momento de su faena de muleto



Juan Belmonte clavando un rejón, en el festival homenaje a Larita

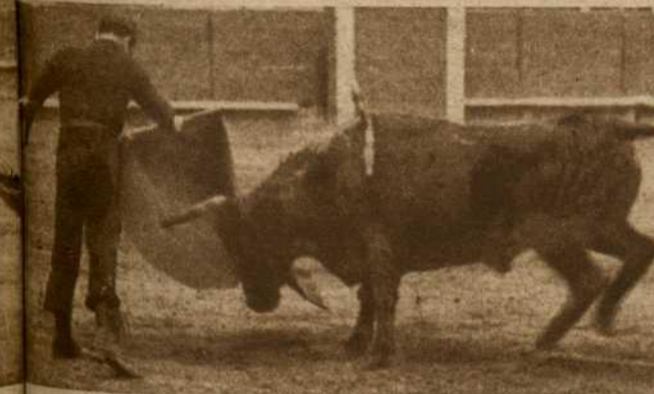
JUAN BELMONTE, PEDRUCHO, JOSELITO DE LA CAL, PEPE MARTIN Y PEDRO DOMEQ



Juan Belmonte ha sido cogido y derribado por el novillo. Sus compañeros acuden al quite



Después de la cogida, en brazos de las asistentas, Juan Belmonte es sacado del ruedo



Juan Belmonte toreando de muleta al novillo por el que fué cogido



Un adorno de Pedrucho, en el festival de Larja, en Barcelona



Pedrucho, que alcanzó un gran triunfo, dando la vuelta al ruedo



Joselito de la Cal dando la vuelta al ruedo, después de cortar la oreja de su novillo



Pedro Domecq toreando de capa con temple y mando (Fotos Valls)

NUESTRA CONTRAPORTADA

CURRO MARTIN VAZQUEZ

Por BARICO



Nació el 28 de marzo de 1882, en Alcalá de Guadaíra (Sevilla). Desde muy joven tuvo afición a la lidia de reses, y en sus correrías por los pueblos andaluces tomó parte en muchas capeas. Pero hasta el año 1903, cumplido ya su servicio militar, no empezó, en realidad, su carrera taurina. El 15 de agosto de dicho año se presentó, como novillero en Algeciras, alternando con Bocanegra y Cirineo en la lidia de seis

reses de Gallardo. El 20 de mayo de 1906 se presentó en Sevilla. Fueron sus compañeros de cartel Vito y Moreno de Alcalá, y las reses que se lidiaron pertenecían a la ganadería de Otaolaurruchi. Gustó mucho la presentación de Curro, y su fama creció grandemente en Andalucía. Los públicos veían con agrado la competencia taurina entre Curro y su paisano Moreno de Alcalá, y los méritos de ambos, así como la mentada competencia, hicieron que los dos torasen juntos en bastantes ocasiones. El 5 de agosto de 1906 hizo su presentación en Madrid toreando reses de Benjumea con Relampaguita y Negróte. También fué afortunada su primera actuación en el ruedo madrileño, y ello le sirvió para contratar corridas de novillos en las principales Plazas de España.

El 6 de octubre de 1907, Antonio Fuentes le dió la alternativa en la Plaza de las Arenas, de Barcelona. Su padrino resultó cogido, y Curro tuvo que matar aquella tarde cuatro toros de González Naudín.

El 13 de octubre de 1907, Vicente Pastor le cedió en Madrid la muerte del toro Cariblancos, de la ganadería de Becerra, y confirmó así la alternativa. Alternó con ellos el matador de toros Mazzantini. En lo que restaba de temporada, aun tomó parte en cuatro corridas más. En 1908 toreó 31 corridas. En 1909, a causa de una gravísima cogida que sufrió en la Plaza del Puerto de Santa María, el 29 de agosto, sólo pudo tomar parte en 20 funciones. El toro que le cogió se llamaba Zapatero y era de la ganadería de Gamero. Tan grandes fueron los destrozos que el asta le causó, que los médicos consideraron punto menos que imposible salvar la vida del torero de Alcalá. Se repuso lentamente, y en 1910 toreó cuatro corridas, y en 1911 ya pudo tomar parte en diecinueve. En 1912, más fuerte y seguro, toreó veinticinco. En 1913 toreó en América y sumó treinta y dos actuaciones, y en 1914 toreó treinta y una. Resentido de sus muchos percances, toreó diecinueve en 1915. Volvió a elevarse en 1916, y en 1917 consiguió más triunfos que nunca: logró, en el año 1917, cortar oreja en dos tardes, en Madrid, caso entonces excepcional. En 1918 sufrió una muy grave cogida en Granada, y por ello toreó veinticuatro corridas, número que hubiera sido mucho mayor a no ser por el referido percance, que le obligó a permanecer inactivo, durante la temporada, por espacio de dos meses. Siguió toreando bastante durante los años 1919 y 1920. En 1921, la labor de Curro Vázquez fué poco lucida.

Marchó con Antonio Fuentes a Méjico, en el invierno de 1921 a 1922, y toreó allí cuatro corridas. Al regresar a España, decidió retirarse del toreo y actuó por última vez en Antequera, alternando con Alcalareño, el 22 de agosto.

No fué Curro Vázquez un torero excepcional, pero como estoqueador compitió con los mejores de su época.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

UNA CHARLA CON CARLOS VERA, CAÑITAS



Carlos Vera, Cañitas

"TODO LO QUE SOY SE LO DEBO A LOS AFICIONADOS ESPAÑOLES, QUE CON TANTA BENEVOLENCIA Y CARIÑO ME TRATARON"

EL TORERO MEJICANO, POR SUS DOS COGIDAS, LA DE PAMPLONA Y MADRID, PERDIO 17 CORRIDAS

Por CRUZ ERNESTO FRANQUET

Carlos Vera, Cañitas, cuando llegó a España era tan sólo un lo de ilusiones.

Era poco más. Pero Cañitas no quería vivir sólo de ilusiones. Quería algo más. Quería triunfar... Y ¡triunfó!

Agrada pensar en este caso de Cañitas, porque puede ser ejemplar este proceso de superación constante en él. No ignoramos ni desconocemos la dureza de la lucha; pero Cañitas supo y pudo salir adelante, sin perder su sonrisa y su alegría.

Ahora... Carlos Vera regresará a su Patria y podrá ir desgranando en Méjico cómo él llegó a triunfar en España y cómo encontró en España brazos abiertos para ayudarlo.

Cañitas, torero y hombre, sencillo y modesto, no sentirá rubor al contar a sus compatriotas cómo llegó a ser torero de cartel en España.

No dudamos de que lo contará.

No hace aún mucho tiempo que Cañitas caía en la Plaza de las Ventas gravemente herido. Era el segundo tributo de sangre que pagaba a sus ilusiones. Hoy le hemos encontrado, va en franco restablecimiento, paseando por las calles madrileñas.

—Qué, ¿estamos ya bien, Cañitas?

—El se sonrió al contestarme:

—Sí, ya estoy bien y con unas ganas enormes de volver a vestirme de luces.

—¿Cuándo toreas tu última corrida?

—El día 17, en Zaragoza.

—Y después para Méjico, ¿no?

—Así es. Seguidamente embarcaré para Méjico.

Paseábamos lentamente. Más de un admirador se acercó a Cañitas para probarnos que Cañitas es un torero popular. El para todos tenía una sonrisa y una



El diestro mejicano pasea por las calles de Madrid

palabra amable. Al rato volví a la carga con mis preguntas.

—¿Has toreado muchas corridas?

—Con las que me faltan, cerró la temporada en España con treinta y una corridas.

—¿Cuántas cogidas has sufrido?

—Dos. La primera, en Pamplona, y la segunda, en Madrid.

—Por causa de ellas, ¿cuántas corridas dejastes de torear?

—Contratadas en firme, diecisiete.

—Y de todos tus éxitos, ¿cuál recuerdas con mayor ilusión?

Eludió él la pregunta.

—Me agrada mucho recordar—me dijo suavemente—en los triunfos que alcancé en Málaga y Madrid... Pero mis verdaderos triunfos, los que me hicieron torero, fueron aquellos que alcancé en Madrid los días 3 y 10 de junio.

Cañitas nos había puesto sobre el tema. Y él mismo tenía interés en destacar que esas fechas fueron las que le llevaron a lo que es hoy.

—Fue en Madrid—dijo Cañitas—donde empecé a ser torero. El aficionado me trató tan maravillosamente bien y me alentó tanto, que yo apenas si supe que poner nada de mi parte.

—Entonces, ¿te sientes honrado al manifestar que te has formado en España?

—¡Ya lo creo! Todo lo que soy se lo debo al cariño de esos aficionados españoles que tanto y tanto me han disculpado, alentándome a seguir. Yo conservo y conservaré un agradecimiento impercedero para el público español. Su benevolencia me permite que regrese a Méjico un poco triunfador—terminó Cañitas modestamente.

—¿Regresarás nuevamente a España?

—En cuanto termine mi campaña taurina en Méjico.

—¿Y el triunfar es difícil, Cañitas?

Hizo un gesto vago, como recordando su lucha por llegar a ser, resistiéndose a permanecer en el anónimo.

—Triunfar cuesta mucho más de lo que puede suponerse. El asunto del toro está muy difícil, y hay que luchar mucho. En cada corrida uno tiene que superarse. No sirve hacer lo de ayer... Porque el aficionado siempre quiere más. Y el aficionado es el único que tiene siempre razón y al que hay que dárselo todo.

—¿Tienes muchas corridas contratadas para la temporada próxima?

—Yo no lo sé... Pero supongo que no. No hay que hacer mucho caso a esas corridas que se dicen tener contratadas. A mí me gustía en todo ser exacto y decir siempre la verdad.

Cañitas guardó silencio repentinamente. Me pareció que las ideas se agolpaban en su imaginación, que él quería decirme todas y que no sé por qué razón se las callaba.

No quise preguntarle nada más.

—Bueno, Cañitas, que regreses pronto y que triunfes en tu Patria.

El me estrechó fuertemente la mano.

—Muchas gracias. Y ahora un favor. Quiero que salude a toda la afición española y que diga que todo lo que soy se lo debo a ella... es lo debo a todos. Carlos Vera, Cañitas, suspiró largamente.



Cañitas observa en una librería el último título puesto a la venta



Inocente
es el vino para copiar

VALDESPINO
JEREZ



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

¡HACEN FALTA TRES TRAJES DE LUCES!

Sólo tres trajes de luces faltan en la fotografía. Verde y oro, azul y plata y uno que no pese mucho con alamares negros. Tal están presentados Erilic Bomba, Guerrita y El Algabeño, que parece que de un momento a otro van a echar a andar, con paso firme y a los compases de un pasodoble, hacia la presidencia. Parecen estar esperando el sonido del clarín sobre el redoble de los timbales para ajustarse la montera y lanzarse una vez más al ruedo de sus triunfos. No les falta más que un vestido de torear a cada uno y el capotillo bordado ajustado a la cintura.

Y es una pena. Porque si por arte de magia pudieran animarse los personajes de esta foto y echasen su zanca da hacia la arena del anillo y, mecidos por el compás de la música, saludasen a la presidencia y requiriesen el capote de brega, cuántas cosas habríamos de ver. Cuánto habría de aprender esta generación y cuántos secretos se iban

a poner bien claros ante los ojos de todos. Porque da la casualidad que el cartel que el azar juntó en una presidencia de festival — que es lo que iban a hacer los tres esa tarde — está constituido por una terna en la que el valor, el arte y la sabiduría se dieron en cantidades difíciles de calcular, y si por obra mágica se echaran delante, este tinglado de bambolla

y telones de fondo de hoy se hundiría al segundo lance.

Aun que si ellos pudieran decidirse a saltar del marco de esta página para encontrarse con los toros

de ahora, es seguro que rechazarían los trajes de luces.

Porque ellos no se vestían de toreros para los festivales.

Los toreros los tres siempre vestidos de paisano.



EL ESTUDIANTE, GITANILLO DE TRIANA Y PEPE LUIS VAZQUEZ MARCHAN A VIGO PARA EMBARCAR CON RUMBO A MEJICO



Pepe Luis Vázquez, en la estación del Norte, momentos antes de partir para Vigo



El picador Barajas, el mozo de estoques Chino y el peón David, que formarán cuadrilla en Méjico



Guillermo Martín, Pepe Luis Vázquez, Bogotá y Gitanillo de Triana, en espera de que parta el tren

LOS SUBALTERNOS DAVID, EL CHINO, BARAJAS, AGUILAR, BOGOTÁ Y DIAZ, VAN CON ELLOS

MALETAS con el equipaje. Cestos enormes en que se guardan los trajes de luces y capotes.

Y junto a ellos las fundas, que se asemejan a las de los violines, pero menos armoniosas. Es el arma con que se librarán para siempre de la fiereza del bicho. Es todo alegría... sin pensar en que van en busca de triunfos, tardes apoteósicas, con salidas en hombros. Y acechándoles siempre la tragedia, que se olvida cuando se sienten junto a los amigos. No se piensa más que en el viaje. La Habana, con sus encantos... Méjico... Nueva York. Muchos rascacielos y una vida distinta en todo a lo español.

Cuatro cuadrillas y algún que otro subalterno suelto. Este es Aguilar, banderillero de Arruza, que se anticipa a la marcha del maestro. Allí lo esperará, con todo ya preparado para que actúe.

EL NIÑO DE SAN BERNARDO

El Niño de San Bernardo, Pepe Luis Vázquez, tiene muchos admiradores y de los buenos. Con José María Cossío le une una gran amistad. El marqués de Ardales también está junto a la pequeña figura del diestro andaluz. Allí hace los últimos comentarios a la temporada española y hace referencia a la de Méjico.

El banderillero Bogotá y Díaz, el picador, son parte integrante de la cuadrilla que le auxiliará en Méjico y los Estados. Y en el enorme barullo formado en el andén de Madrid reciben órdenes. Ellos nos hablan del maestro. Lo han visto más alegre y confiado que la vez anterior y confían enormemente en que armará el escándalo en su segunda actuación.

¿Ustedes lo creen así?



Gitanillo de Triana, rodeado de amigos que acudieron a despedirlo, hace un alto en la conversación



Luis Gómez, El Estudiante con su señora, al partir de Madrid con dirección a Vigo, para embarcar ambos

No tema quedar mal en decirlo. Pepe Luis sabe mucho de toros, y cuando se vuelve a coger el sitio, va en aumento el éxito. Así, esperamos que sea uno de los triunfadores en la rivalidad taurina de Méjico.

LA «DESPEDIDA» DE EL ESTUDIANTE

Con un adiós efusivo, junto a su señora, nos despidió Luis Gómez. Va a Méjico a probar que es más valiente que nadie, cuando está pensando en retirarse. Así es El Estudiante, y tal como lo piensa lo hace público, sin secretos. Esta salida de España es para el madrileño su meta final, sintiendo satisfacción por el recuerdo de los empresarios.

Completando el grupo paseamos. Buscando algo para traer al periódico. El se limitó a decir:



El marqués de Ardales es un buen amigo y admirador del Niño de San Bernardo. Con él conversa en el andén madrileño

DESPEDIDA A LOS TOREROS ESPAÑOLES EN EL ANDEN DE LA ESTACION DEL NORTE

TODOS CONFIAN EN SU TRIUNFO A POCO QUE LES ACOMPANE LA SUERTE



Pepe Luis Vázquez es acompañado en los últimos instantes por su apoderado, Marcial Lalanda, y un íntimo amigo



En espera de la salida del tren, Gitanillo de Triana descansa en el café de la estación del Norte

—Mi última ilusión era ésta. Ver Méjico y alternar en la Plaza de El Tóreo. Me ha llegado antes de mi retirada y en verdad que me siento orgulloso.

—¿Es cierto que nos abandona?

—Sí. Ya es hora que dejemos sitio a los que llegan. Yo he toreado mucho y a mi regreso decidiré mi despedida.

Luis Gómez, el torero valiente, va a Méjico a darlo todo. A mostrarse digno —nos decía— de esa confianza de Algára.

—Pues mucha suerte y que triunfes...— fueron nuestras palabras de despedida.

RAFAEL VEGA, A LA CONQUISTA DE MEJICO

—Voy a conquistar lo que no pude en mi primera salida— declaraba a unos íntimos.

Así les hablaba el de Triana a los amigos. Con gran sencillez, pero con el convencimiento de que le sonreirán los triunfos.

—Te encuentro cambiado.

—Voy más entrenado esta temporada. He toreado más corridas, y los contratos, más ventajosos. Por tanto, voy a la conquista de Méjico...

Entre abrazos y frases, Gitanillo no deja de ultimar su marcha. A los de su cuadrilla les encarga del equipaje.

Y marcha a reunirse con los espadas. En grupo aparte están El Estudiante, Pepe Luis... compañeros de viaje y de luchas en su salida de España.

—Voy a cortar muchas orejas... Quiero salir en hombros y torear mucho en España, si de algo vale que me arrinie. Este es mi pensamiento.

El banderillero Aguilar marchó con ellos. Barajas, picador, el mozo de estoque Chino y David, peón, fueron los últimos en desfilas. Todos con el mismo rumbo y el mismo cometido.

A preparar la campaña de Méjico. Donde el anuncio de su salida ha despertado gran expectación, cotizándose las entradas de abono a precios elevadísimos.

En estos momentos todos se encuentran camino del puerto de La Habana, cargados de ilusiones e infinidad de proyectos.

Que los realicen, es nuestro deseo de cronistas y de españoles. Que pongan su nombre entre los primeros en esta campaña que van a comenzar y que el triunfo les sonría de plaza en plaza para bien de ellos y de la Fiesta Nacional.

Ellos merecen nuestro aliento, pues van lejos de su Patria a luchar, a defender el puesto que a España le corresponde en la Fiesta de Toros.

Reciban, pues, los toreros españoles nuestra cordial despedida.

JOSE CARRASCO



Aguilar, banderillero mejicano que ha actuado en España, es despedida por José María Cossío



Gitanillo medita. Está abstraído lo que hará por los ruedos aztecas...



El banderillero Bogotá y el picador Díaz pertenecientes a la cuadrilla de Pepe Luis, que actuarán en Méjico



Pepe Luis Vázquez y El Estudiante, rodeados de familiares y amigos, al partir de Madrid (Fots. Mari)

UN TORERO INTERNACIONAL

Guillermo Martín habla del creciente entusiasmo de nuestra Fiesta en América del Sur

Toros en el Uruguay, Argentina y Chile

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL



Guillermo Martín

CONTINUANDO la estela romántica de don Rafael Pérez de Guzmán y don Luis Mazzantini, hace una veintena de años irrumpió en los ruedos la figura de Guillermo Martín, un señorito con delicadeza de colegial —otra rama del árbol heráldico de la tauromaquia—, en el que había calado hondo el virus de la torería. El era hijo de familia acomodada y no se lanzaba a la quimera del torero para resolver un porvenir oscuro, ni tampoco para evitar las *cornás del hambre*. Se trataba de un romántico auténtico. La luminosidad impresionante y la salvaje bazarra de la lidia le habían cegado los ojos y embotados los sentidos desde que presencié su primera corrida. Y después de *probarse* una tarde de invierno en la franja irisada del caserío de Juanito Gallardo, se hizo torero, de igual suerte que en épocas remotas pudo hacerse legionario de aventuras románticas, soñando con glorias imposibles.

—Toreé mi primera novillada habla Guillermo Martín— en la feria de Algeciras del año 1926, alternando con Rafael Cardona. Seguí matando novilladas hasta el 15 de septiembre de 1929, fecha en que hice mi presentación en Madrid.

Aquella tarde debía alternar con Victoriano de la Serna y Contreras en la lidia de seis novillos de Juan Terrones. Pero a La Serna, que no pudo actuar, le substituyó Carnicerito de Méjico, que en aquella corrida se despidió de novillero. En el toreo, como en todo, hay que tener *mucha mano izquierda*, y yo no la tuve. Como la suerte me fué adversa, aquel invierno me marché a Méjico, de banderillero con Cagancho, en cuya cuadrilla estuve bastante tiempo. Más tarde figuré en las de Antonio Márquez, Jesús Solórzano y Pepe Gallardo, con los que toreé en las principales Plazas de España, Portugal y Francia.

—Y de sus andanzas por América...?

—El año 1936 llegué a Venezuela contratado como peón fijo para la llamada *temporada grande*. Al concluir las campañas de 1937, en Colombia y Lima —en esta última es donde empezó a hacer furor Alejandro Montañi—, me trasladé a Buenos Aires, requerido por don Joaquín Vera, un español muy amante de la fiesta. De allí fuimos Vera y yo al Uruguay, pues sabíamos que el Presidente de la República uruguaya, general Vadomil, era un entusiasta de nuestra fiesta nacional. Le expusimos nuestro deseo de dar toros en el país, donde estaban prohibidas las corridas desde la muerte de Punteret, en 1888, y, en efecto, nos fué otorgado permiso y las mayores facilidades gracias a su intervención personal. A tal fin trasladamos la Plaza de madera a Montevideo, inaugurándola poco después con una corrida de seis toros que matamos Manolo Martínez y yo. El entusiasmo que despertaron las corridas fué algo innarrable. En la primera temporada se celebraron quince corridas de toros con lleno rebosante en todas. En muchas de ellas se quedaron en la calle, sin poder entrar en la Plaza por agotarse las localidades, miles de personas. Se ganaba el dinero a manos llenas. La Prensa dedicó grandes espacios al espectáculo, ensalzando hasta el paroxismo su hermosura. Los vivas a España eran incansables. Y nosotros, los toreros, adquirimos categoría de semidioses. Aquello fué algo muy difícil de describir y de olvidar. En las temporadas siguientes se verificaron muchísimas corridas, en las que toreamos Manolo Martínez, Joselito Martín, Niño de Haro, El Nene —matador peruano de alternativa— y yo. Todo iba a pedir de boca, hasta que un día dejó de ser Presidente de la República el general Vadomil y... ¡se acabaron los toros en el Uruguay! Ello fué una verdadera pena, porque allí hay enorme afición. Tan así es, que incluso he visto en Montevideo un museo taurino maravilloso; creo que en nada puede envidiar al existente en la española Plaza de Valencia.

—Y no quiero decirle el entusiasmo por la fiesta en la Argentina y Chile— agrega suspendiendo la pausa.

—Pues venga de ahí, que soy todo oídos.

—Pasamos a Buenos Aires e iniciamos las gestiones para que las autoridades permitieran la celebración de corridas de toros en la capital de la Argentina. Reinaba frenético entusiasmo cuando, ya a punto de estar todo listo, intervino la Sociedad Protectora de Animales y dió al traste con nuestros propósitos. No obstante, conseguimos autorización para dar toros en las principales provincias, tales como Córdoba, Mendoza, Bahía Blanca y Rosario de Santa Fe, en cada una de las cuales se jugaron cinco corridas con rotundo éxito económico y artístico. En estas corridas actuamos únicamente Manolo Martínez, El Nene y yo. Por cierto que estando toreando en Mendoza se presentaron unos señores chilenos para presenciar una corrida, y tan maravillados quedaron que ellos mismos gestionaron y consiguieron permiso para celebrar cuatro corridas en su país con motivo de la conmemoración del IV Centenario de la fundación de Chile. Aquello fué una explosión de pasión y de exaltación española. A continuación pasé a Bolivia, organizando once festejos entre La Paz, Oruro y Potosí. Después en Lima, Rafael Vaiera, Rafaelillo, me contrató para torear cuatro corridas de matador, y en El Ecuador toreé otras tres más, que han sido las últimas en que empuñé muleta y estoque. Volví a torear de banderillero el año pasado y a poco contraí una grave enfermedad que me retuvo en un sanatorio setenta y dos días y que es lo que me ha quitado del toreo. Haga constar, como recuerdo de gratitud, que al ir a pagar el sanatorio, y sin que yo lo supiera, ya había sido hecha efectiva la cantidad por el encargado español de Negocios en Bolivia, señor Castillo. ¡No olvidaré jamás su gesto!

—Y ahora...?

—Ahora, después de nueve años de ausencia, estoy otra vez en mi querida Patria y soy apoderado del matador de toros Félix Rodríguez, acaso el torero español de más cartel por aquellos lares americanos, del novillero colombiano José Pulido, quien después de revelarse en su país como un torero excepcional está decidido a refrendar en España su valía, y del novel Félix de la Vega, que comienza bajo los mejores auspicios.



BALSAMO HAZUL
 Unguento antiséptico
 para accidentes y
 enfermedades de la
 Piel
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)

A PUNTA DE CAPOTE

El torero y el toro a vista de pájaro

Por FEDERICO OLIVER

CONSIDEREMOS en perspectiva por un momento la fiesta de los toros. Considerémosla en su conjunto como panorama histórico. Dejemos a un lado su indiscutible belleza plástica y su emoción viril tan enraizada en nosotros. Veámosla con ojos humanos, discriminemos su punto vulnerable de crueldad tan debatida, y hagámoslo así por el bien del lidiador y para una posible educación del público.

Las corridas de toros aparecen en la historia en dos formas distintas dentro de su paralelismo: la de a caballo y la de a pie. La una engendra a la otra. Pero hay que hacer una distinción: la de a caballo, tan galante y esplendorosa, es cien veces más sanguinaria que la de a pie. El número de reses corridas en las plazas mayores de las viejas ciudades constituye una hecatombe por cada fiesta en su literal significado. Cuando el rejón, la pica corta o la espada no bastan para la muerte del toro, se emplea por el villanaje el chuzo, la navaja, la media luna y los perros. Los bravos caballeros suelen pagar con la vida la sonrisa de sus damas, guión de la muerte... Y no sólo los caballeros... Vierten su sangre los paíes que les auxilián, los criados que les sirven, los alguaciles, que han de permanecer impávidos en sus monturas, y los guardias de Corps, que deben aguantar a pie quieto la embestida de la fiera.



Estas corridas de toros, en las que perdían la vida diez o doce personas en las grandes efemérides de la realeza, motivaron la repulsa de Isabel la Católica, Felipe V, Carlos III y el dictador Godoy. Y cuentan que la reina católica, tan recia de sabia voluntad que puede decirse que la gloria de su reinado es un milagro de su carácter, quiso, como ella *sabía querer*, suprimir la fiesta. La fiesta pudo más —tan honda era su raíz— que la enérgica soberana. Y la gran mujer, mujer al fin, hubo de contentarse con la invención harto femenina de los toros embolados, que a ella se le debe. Tal es su actitud y la de los otros soberanos sobredichos, ante la lidia de los toros a caballo, que es la que ellos conocieron.

Y ante el toro de a pie, ¿cuál es la postura de los reyes de España? El toro de a pie, que se inicia con el Africano, los Romero y Pepe-Hillo; que *cuaja* en Costillares, inventor y sistematizador, y culmina en Montes, tratadista, llega hasta nosotros nimbado por la simpatía ferviente de la realeza. Fernando VII, el rey *manolo*, eleva la torería al rango de enseñanza oficial y crea la Escuela de Tauromaquia de Sevilla. Doña Isabel II prestigia con su floridísima humanidad la fiesta bravia, y su hijo, don Alfonso XII, gato madrileño simpático, preside la gran época de Lagartijo y Frascuelo, siglo de *Potillos* del toro. Aun me parece ver, en domingo de corrida, la carretela fantasmal de la infanta doña Isabel, camino de los toros... Estos Borbones han sido muy amantes del toro... ¿Por qué? ¿Por qué el de a pie ensangrentaba menos la arena que el de a caballo? Aparentemente, sí; pero anóndemos en la apariencia. Si tomamos una hoja de papel y apuntamos en ella, de un lado, las corridas verificadas en España desde 1780 a 1945, y de otro, como un ejército en bloque, el número de toreros combatientes que cayeron en ese diluido campo de batalla corrida tras corrida y año tras año, hallaremos en el cómputo de víctimas (espadas,

picadores, banderilleros, chulos) un cuadro de bajas, entre muertos, heridos e inutilizados, tan pavoroso como el de una batalla campal de nuestros días. Y si fijáis la mirada en las alturas del toro y la detenéis en la minoría de nombres gloriosos que son la espuma, la *élite*, la cumbre de su historia, hallaréis en el grupo privilegiado, desde Pepe-Hillo y Curro Guillén al Espartero y Joselito, un porcentaje estremecedor. Y si esto pasa en la cumbre, ¿qué no ocurrirá en el llano? ¿Cómo será el anonimato de los desaparecidos en la muerte y la miseria? Esta es una verdad que no necesita demostración.

Pero vengamos a cuentas y representémosnos frente a frente al torero protagonista del drama y al toro, su enemigo número 2. El toro es la presencia de la fuerza bruta, ciega, inocente y arrolladora. No es que carezca, por oscura que sea, de una inteligencia; es que esa inteligencia se le ha escamoteado, en una selección al revés,

por una cría en la que sólo perviven los reflejos naturales. El toro es la inocencia dormida en el engaño. Cuando sale furioso del toril y oye, mira y olfatea lo desconocido que le aturde y sorprende, adquiere, si la lidia es torpe, *resabios*, es decir, aprende al revuelo de segundos a conocer la trampa en que ha caído. La lidia, pues, ha de consistir en lograr que el toro se olvide de sí mismo hasta caer en la muerte sin enterarse.

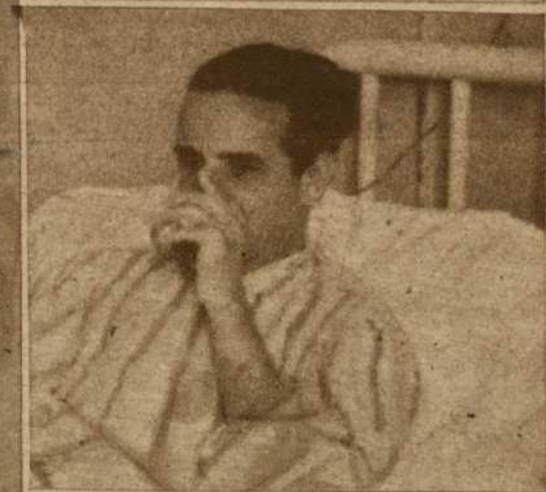
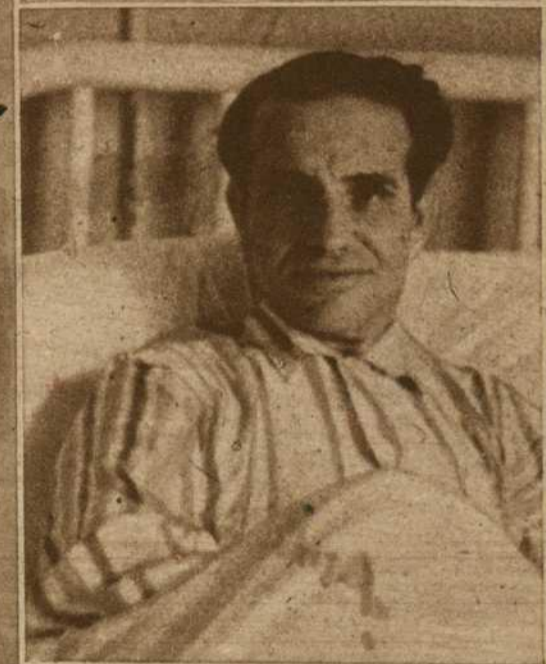
El torero, sabiduría tamizada en la experiencia, ha de ser tan valiente como astuto, tan fuerte como elástico, tan sereno como previsor, tan oportuno como incansable, tan dominador de sí mismo como de la fiera. Su inteligencia en tensión, en fragua de momentos inspirados, ha de atisbar pelos en el aire para agarrarse a ellos y lograr, con olvido del aplauso, la culminación del arte, que arranca el aplauso por añadidura. Al torero se le llama *diestro*, y es por algo. Y si ha de merecer este dictado significativo no debe entregarse jamás al impulso temerario por una falsa estimación de su decoro; si así lo hace se pone al nivel del bruto que tiene delante, y entre bruto y bruto pierde la partida el menos bruto. El valor del torero consiste en afrontar el peligro, pero su ciencia estriba en sortearlo, porque *sortear* es *torrear*. Y, entre ambas facultades, valor y ciencia, se ajusta como en un estuche esa cosa tan sutil como segura que se llama técnica. La técnica taurina consiste básicamente en la colocación y descolocación matemática del hombre y de la fiera, en el conocimiento del toro hasta en las entretelas de su estructura, en la ejecución de las suertes con sujeción a las reglas que los viejos maestros dieron por definitivas. Y todo ello en el *espacio-tiempo* en que nada sorprende porque todo se espera... Como si el torero, centrado en sí mismo, *torrear* para su placer en una plaza vacía... Únicamente así percibimos una suprema sensación de seguridad. ¿Es posible ahora soñar con la eliminación del lance desgraciado hasta el extremo límite del accidente fortuito como en el hipódromo o el campo de fútbol?

Pero la plaza no está vacía. Ahora salta a la arena el enemigo del lidiador número 1: el público. El diestro queda emparedado entre dos enemigos. Acudamos en su socorro a punta de capote.

Y al público, como al torero y al toro, hay que considerarlo también a vista de pájaro.

DESPUES DE LA COGIDA

Juan Belmonte EN EL SANATORIO



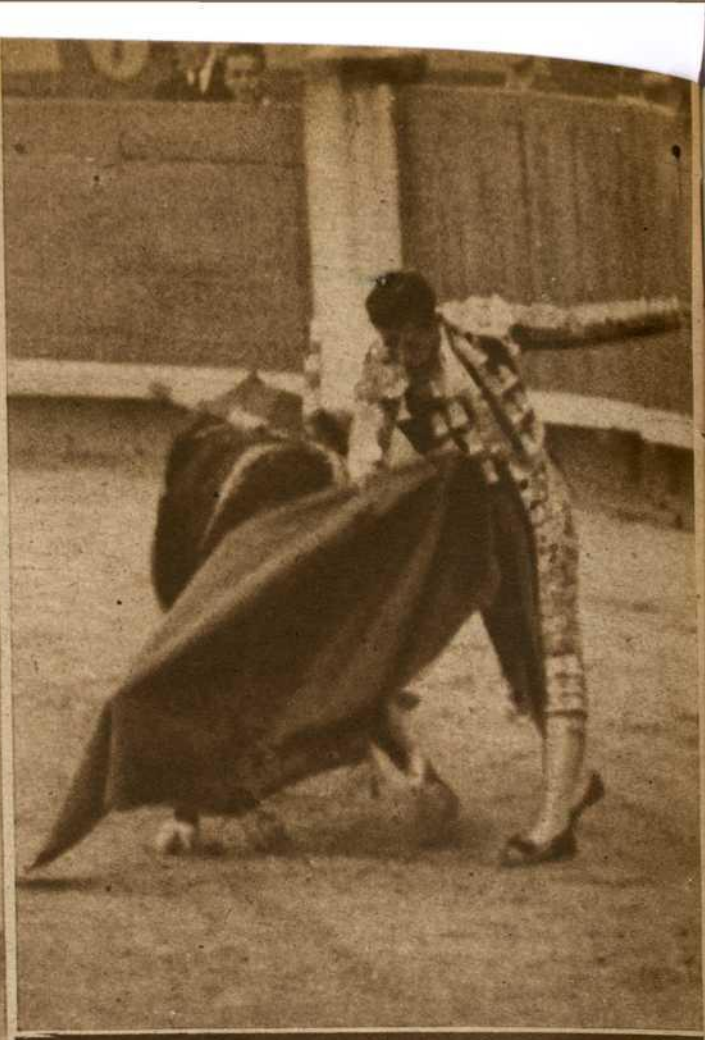
Juan Belmonte, que resultó herido en la Plaza de Barcelona, cura en la Ciudad Condal del percance sufrido al tomar parte en el festival en homenaje al ex matador málagaño Larita



El diestro Antonio Velázquez en un par de banderillas que fué justamente ovacionado



Momento de confirmar la alternativa el mejicano Velázquez. Albaicín le entrega los trastos



El torero mejicano en la faena de muleta al toro de su confirmación, en un ayudado por alto

LA CORRIDA A BENEFICIO DE LA ASOCIACION DE LA PRENSA ALBAICIN, PEPIN MARTIN VAZQUEZ y ANTONIO VELAZQUEZ

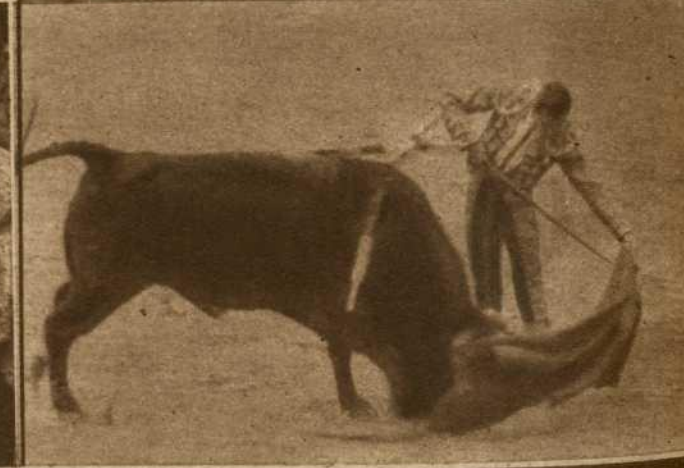


Pepín Martín Vázquez dando un pase de pecho al primero de sus enemigos



Pepín Martín Vázquez, Antonio Velázquez y Rafael Albaicín, dispuestos para empezar la corrida

El gitano se adorna durante la faena de muleta de su segundo toro, arrodillándose ante la cara del bicho



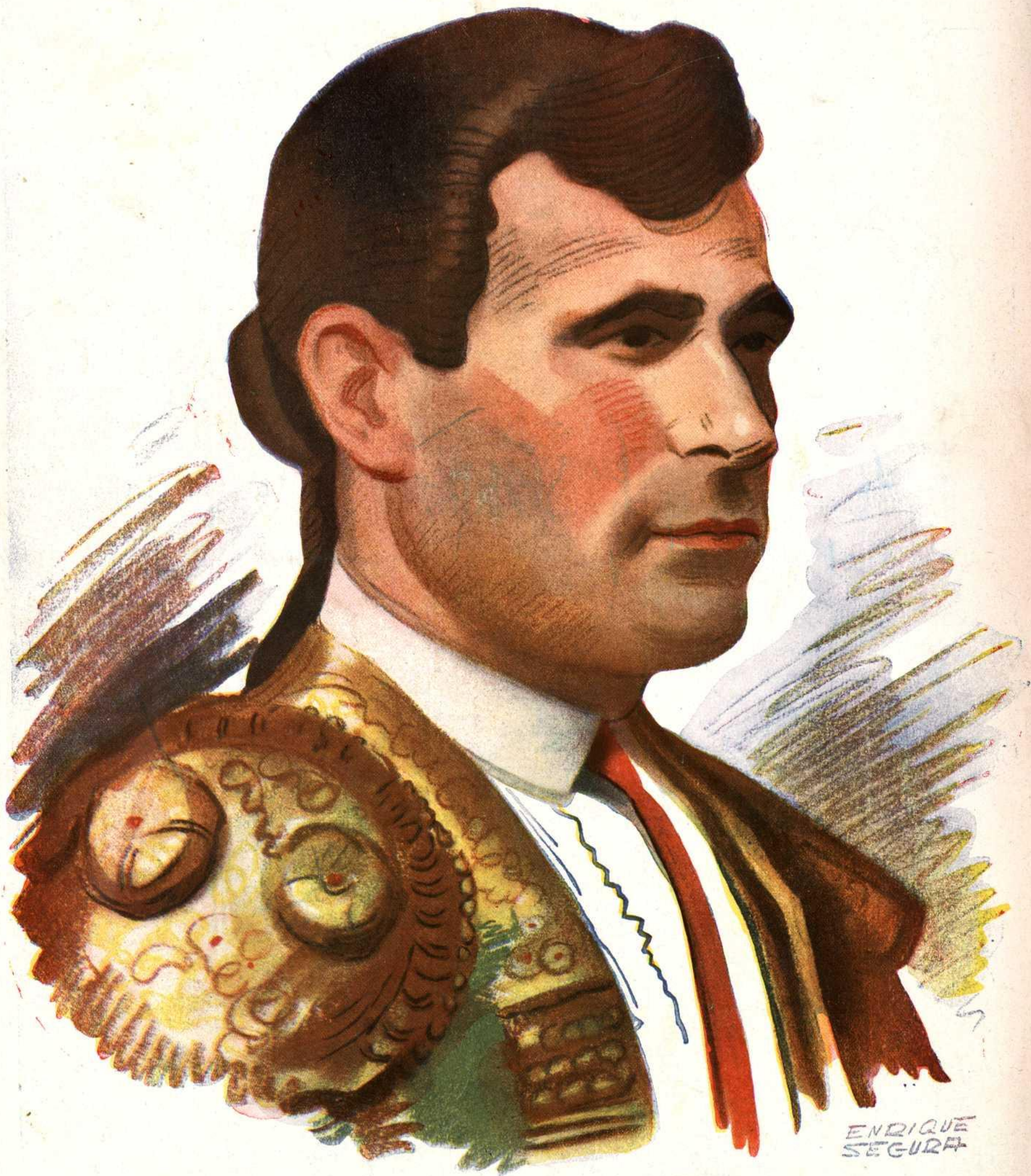
El pequeño torero sevillano en uno de los naturales que dió a su primer toro

Una pinturera chieuelina de Rafael Albaicín al toro que abrió plaza (Fotos- Baldomero y Marí)





Salto de la garrocha
(Dibujo de Enrique Seguro)



Toreros célebres: Curro Martín Vázquez
(Dibujo de Enrique Segura.)